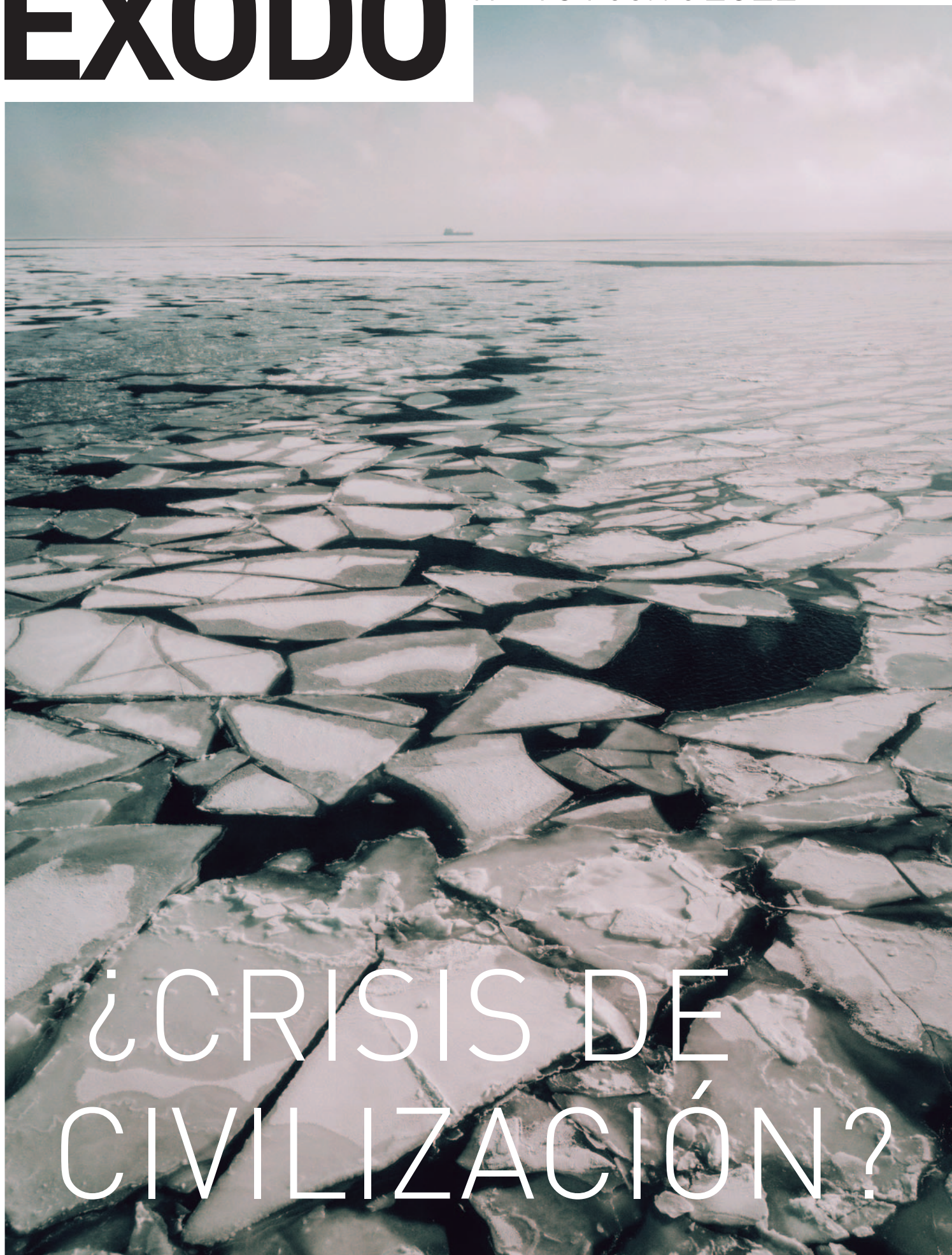


ÉXODO

nº 161 JUNIO 2022

7€



¿CRISIS DE
CIVILIZACIÓN?

EDITORIAL

3

¿Crisis de civilización?

5

IN MEMORIAM

Recordando a Gilberto Canal

6

PUNTO DE MIRA

Crisis de civilización, cambio de época

Michael Löwy

15

ENTREVISTA

Consejo de Redacción de Éxodo

22

A FONDO

Manifestaciones apremiantes de la crisis civilizatoria

Santiago Álvarez Cantalapiedra

31

Crisis civilizatoria:
algunas raíces e impactos

Pablo Font Oporto

41

Democracia, oligarquía y praxis
instituyente en el mundo neoliberal

Juan Manuel Vera

50

La larga transición ha
comenzado

Manolo Monereo

56

EN LA BRECHA

Crisis Religiosa terminal
en la crisis civilizacional

José María Vigil

60

Concretando el Decrecimiento

Luis González Reyes

62

ACTUALIDAD - LIBROS

Contra las oligarquías. Ensayos sobre memoria socialista y democracia libertaria

Juan Manuel Vera. Laertes S.L. de Ediciones. Barcelona 2022.

José Ramón González Parada

ÉXODO

n.º 161 (JUNIO) 2022

CONSEJO DE REDACCIÓN: Evaristo Villar • Benjamín Forcano • Carlos Pereda • Elena Martín • Pepa Torres • José Antonio Lobo • J. R. López de la Osa • Juan José Tamayo Acosta • Silvia Martínez • Manuel García Guerra • Pilar Yuste • Rufino García • Secundino Movilla • Miguel Ángel de Prada • José Ramón González-Parada • DISEÑO Y REALIZACIÓN: Método Gráfico, SL • DISEÑO DE PORTADA: Julio Javier Sánchez Sánchez • DIBUJOS: Luis Pernía Ibáñez, Pepa Úbeda • EDITA: Centro Evangelio y Liberación, C/ Fernández de los Ríos, 2-6 • 28015 Madrid • Tel. 91 445 45 44 • Página Web: <http://www.exodo.org> • D. L.: M. 30.460-1989

IMPRIME: Método Gráfico, SL. C/Albasanz, 14 bis, nave A • 28037 Madrid • Impreso sobre papel ecológico.

¿Crisis de civilización?

EL mundo está en ebullición, más acelerado -si cabe- que siempre. Solo la inconsciencia o la resignación podrían justificar la indiferencia ante la situación humana y planetaria que estamos atravesando. Porque resulta casi imposible reposar en estos días una mirada complaciente sobre cualquier rincón del planeta sin que el sobresalto o la sorpresa lleguen a despertar nuestra inquietud.

Existe una forma amable, sin levantar grandes tormentas, de expresar lo que estamos viendo. Y mucha gente, es verdad, prefiere un relato sin alarmismos que puedan bloquear futuras soluciones. Como alecciona la historia de la evolución, la presencia de elementos nuevos que se solapan con los antiguos siempre ha sido inagotable fuente de tensiones que suelen acabar en conflictos y divisiones sociales y políticas. ¡Y ahora los desequilibrios llegan gravemente hasta el mismo planeta!

Hasta cierto punto parece normal que, en estos tiempos, profundamente marcados por la ciencia y las nuevas tecnologías -peligrosa e injustamente escalonadas- las tensiones y discrepancias se

dejen sentir con mayor fuerza. Y en esta clave, la forma amable del relato nunca está dispuesta a perder la confianza en el talento humano, siempre dispuesto a sobreponerse a estas situaciones adversas y a acabar convirtiendo las crisis en nuevas oportunidades de vida para humanidad y el planeta.

Indudablemente es animosa y refrescante esta forma de ver la realidad. Al límite, coincide con la versión última que desearía ofrecernos siempre Éxodo, filosóficamente más cercano a las salidas abiertas y colectivas, interculturales e intergenéricas, inclusivas, por modestas que estas sean, que a las grandes encerronas. Pero la realidad es terca. Y por mucho que queramos ignorarla o disfrazarla, hay una verdad profunda que no podemos silenciar. Lo dejó dicho el teólogo y mártir Ignacio Ellacuría: "debemos ser honestos con realidad".

Y una gran parte de la realidad, en este primer cuarto de siglo, se está mostrando particularmente dramática. Tan es así, que, a juicio de nuestros más lúcidos analistas y movimientos sociales más pegados a la tierra, estamos al borde de la



posible desaparición de la vida humana en el planeta. ¡Tremenda conclusión! Y la verdad es que, siguiendo sus sabios conocimientos, la crisis de civilización que abordamos en este número de Éxodo -ya anterior, pero, sobre todo, desde la recesión económica del 2008, la pandemia del 2020 y la actual guerra en Ucrania- nos avoca a este severo diagnóstico. Estamos ya al vértigo de la sobrecapacidad de la Tierra. El 29 de junio de 2021 el planeta entró en números rojos, lo que quiere decir que la demanda de recursos y servicios ecológicos en un año supera lo que la tierra puede generar en ese mismo año. El innegable cambio climático acompañado por las otras muchas crisis, como la energética, económica, alimentaria y social está apuntando decididamente al final del sueño del desarrollo indefinido (y aun del sostenible) y poniéndonos al borde del desastre final.

Como refleja acertadamente alguno de nuestros autores, salvando magnitudes y circunstancias, la situación en nuestros días está siendo similar o análoga al

hundimiento del Titanic. Con el agravante de que hoy día somos suficientemente conscientes de que las sublimes melodías que acompañaron el hundimiento del “orgullo de los mares” tampoco pudieron, ni entonces ni ahora, salvarnos milagrosamente del batacazo definitivo con el iceberg.

Ante el peligro inminente de este amenazante golpe de gracia a la vida en el planeta, necesitamos no solo tomar conciencia del rumbo equivocado que vamos siguiendo, sino rectificar urgentemente e imaginar alternativas que nos libren, al menos, del desastre. Dejar en manos del actual sistema que está llevando a la humanidad y al planeta a estos límites nunca será acertado ni inteligente. La lógica del sistema, por mucho que se modernice, nunca le permitirá ir contra su propia naturaleza. Es cuestión de unir fuerzas abriéndonos con confianza a las alternativas que, desde hace tiempo, están asomando en el planeta. Es cuestión de decisión política. ¡Y la política está aún en nuestras manos! ■

Recordando a Gilberto Canal

Todo tiene su tiempo; y una hora todo lo que se quiere debajo de los cielos, dijo el Eclesiastés.

Un tiempo de nacer (verano de 1936, en Vejacerneja, su patria chica leonesa tan querida); **y tiempo de morir**, pidiendo un poco de agua, en el pasado invierno de Madrid. Y entre tiempo y tiempo, los tiempos de su vida, a los que denominaba 'mientras tanto', la expresión con la que Gilberto pretendía vincular su interés por la finitud de todo lo que pasa con su fidelidad a la esperanza. Y en esa convicción sapiencial transcurrieron los días de un hombre bueno, sencillo, inteligente y culto.

Tiempo de plantar; y tiempo de arrancar lo plantado

Preguntas a cuantos le disfrutaron como profesor, adolescentes o universitarios. Casi todos ignoran los títulos académicos que Gilberto tenía, pero recuerdan con precisión su apuesta por aquella educación que construye la paz, sed lo que queráis en la vida, repetía, pero nunca seáis fanáticos de nada, ya que una mente educada es capaz de entender un pensamiento ajeno sin tener que aceptarlo.

Tiempo de hablar, y tiempo de callar

Gilberto tenía un don singular para las lenguas. Era, además, la escucha atenta y la palabra exacta. En directo, tertuliano con las gentes sencillas al amor del fuego o de un buen vino, otras veces en diferido, cuando traducía, digamos mejor que interpretaba, las reflexiones de filósofos, teólogos y otros pensadores, expresadas originalmente en francés, en inglés, en italiano o en alemán.



Tiempo de amar

Amigo de sus amigos y amante de su familia, Gilberto desplegó una ternura sin límites con su hijo Pablo. Y era también amor creyente su adhesión al Evangelio de Jesús Nazaret y a la causa de las bienaventuranzas, de ahí su compromiso con el Centro Evangelio y Liberación, y su pertenencia durante más de treinta años al Equipo de Redacción de su revista.

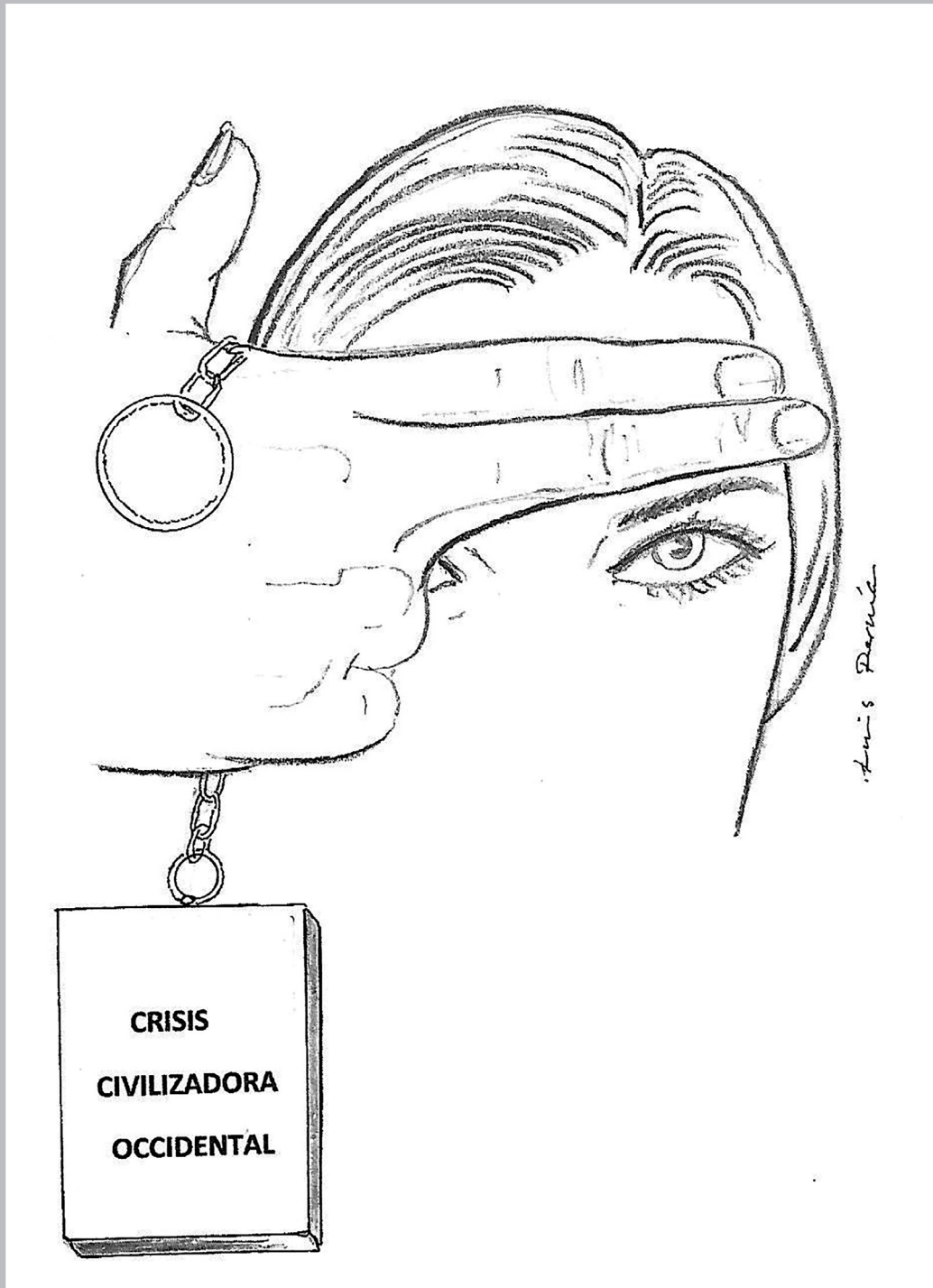
Y tiempo de aborrecer todo aquello que amenaza la dignidad de cualquier ser humano.

Tiempo de llorar (en la muerte),

y tiempo de reír (en la alegría del esperado encuentro).

Tiempo de guerra, y tiempo de paz.

Que en los brazos de Dios, al que llamaba padre, ya sin tiempos, nuestro hermano Gilberto Canal en paz descanse. ■



El crecimiento ilimitado amenaza con destruir los fundamentos
de la vida humana en el planeta

Crisis de civilización, cambio de época¹

HACE 110 años, el transatlántico *Titánic* se hundió después de una trágica colisión con un enorme iceberg. Hoy, en 2022, todos somos pasajeros de un **nuevo *Titánic***, que avanza, cada vez con mayor velocidad, hacia un iceberg llamado catástrofe ecológica, el cambio climático. La diferencia con el ***Titánic*** de 1912 es que, esta vez, el capitán y sus oficiales son conscientes de la existencia del iceberg en la dirección del transatlántico. Discutieron el tema y decidieron por unanimidad que era imposible cambiar de ruta: sería demasiado cara la indemnización a los pasajeros.

Hubo una propuesta para reducir un poco la velocidad, que fue aprobada; pero no la pusieron en práctica. Mientras tanto, en *primera clase* la orquesta sigue tocando y los ilustres pasajeros bailan alegremente.

En la *clase económica* la televisión retransmite el campeonato mundial de fútbol...

Un grupo de jóvenes, conscientes del peligro, intenta alertar a los demás pasajeros, pero su voz no se

percibe dado el ruido de la música y los gritos del locutor deportivo de la televisión.

Otro grupo de pasajeros, de las dos clases, está preocupado. Muy preocupado. Han descubierto que hay varios polizones en el barco y están tratando de reducirlos y arrojarlos al mar. Hubo una propuesta humanitaria para proporcionarles salvavidas antes de arrojarlos al océano, pero todavía está en discusión... Mientras tanto, el transatlántico avanza inexorablemente hacia el naufragio.

Esta alegoría tragicómica describe la situación de la humanidad en nuestro tiempo. Como explican los científicos, el planeta está entrando en una nueva era geológica, el *Antropoceno*. Una era en la que la actividad humana, en particular el consumo de energías fósiles, responsables de las emisiones de gases, está cambiando algunos de los principales parámetros de la Tierra, comenzando por *el clima*. ¿De qué "*actividad humana*" se trata? Por supuesto, de la civilización capitalista industrial moderna, basada desde su origen en el carbón, el petróleo y el gas, cuya combustión es responsable del calentamiento

¹ Traducido del original en brasileño por Salvador Mendoza.



La pobreza, la desigualdad y la injusticia social, por un lado, y la destrucción de la Naturaleza, por otro, son la causa de “un sistema estructuralmente perverso”

global. La mayoría de los geólogos datan el Antropoceno en el periodo de la posguerra (1945) con una mayor incidencia en las últimas décadas, con la globalización capitalista neoliberal.

Nos enfrentamos por lo tanto a una **profunda crisis de la civilización capitalista industrial moderna**. Es decir, la crisis de una “forma de vida” -cuya caricatura es el famoso estilo de vida estadounidense (american way of life) que obviamente sólo puede existir mientras sea un privilegio de una minoría- de un sistema de producción, consumo, transporte, y vivienda que es literalmente insostenible.

Como explica muy bien el Papa Francisco en su encíclica **Laudato Si**, la pobreza, la desigualdad y la injusticia social, por un lado, y la destrucción de la Naturaleza, nuestra Casa Común por otro, son la causa de “un sistema de relaciones comerciales y de propiedad, estructuralmente perverso” (§52), un sistema basado en la idolatría del dinero, cuyo único propósito es la maximización de las ganancias.

Bergoglio no utiliza la palabra “capitalismo”, pero es obvio que se trata de lo mismo, cuando denuncia “un sistema mundial en el que predomina la especulación y la búsqueda de ingresos financieros, que tienden a ignorar las consecuencias sobre la dignidad humana

y el medio ambiente. Parece que la degradación ambiental y la degradación humana y ética están estrechamente unidas" (&56).

En una lógica destructiva, todo se reduce al mercado y al "cálculo financiero de costos y beneficios". Sin embargo, la naturaleza de estos bienes que el mecanismo de mercado ignora: es incapaz de tener en cuenta los valores éticos, sociales, humanos o naturales, es decir los "valores que superan cualquier cálculo" (&36).

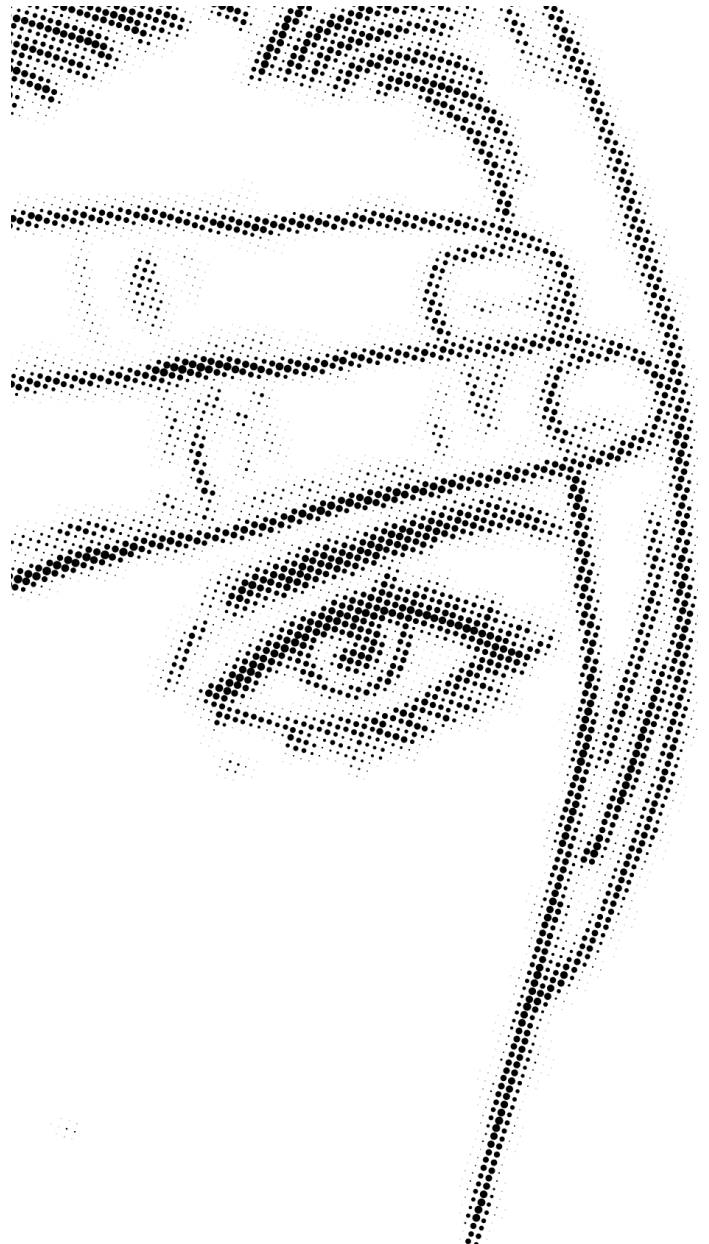
Hace algunos años, al hablar de los peligros de los desastres ecológicos, los autores se referían al futuro de nuestros nietos o biznietos; a algo que acontecería en un futuro lejano, dentro de cien años. Ahora, sin embargo, el proceso de devastación de la naturaleza, el deterioro del medio ambiente y el cambio climático se han acelerado hasta tal punto que ya no estamos hablando de un futuro a largo plazo. Estamos hablando de procesos que ya están en marcha. La catástrofe ya ha comenzado. Esta es la realidad. Realmente estamos en una carrera contra el tiempo intentando detener este proceso desastroso.

¿Cuáles son las señales que revelan el carácter cada vez más destructivo del proceso de acumulación capitalista a escala global?

Son múltiples y convergentes: el crecimiento exponencial de la contaminación atmosférica en las grandes ciudades, del agua potable, y del medio ambiente en general; el inicio de la destrucción de la capa de ozono; la destrucción a una velocidad cada vez mayor de los bosques tropicales y la rápida reducción de la biodiversidad por la extinción de miles de especies; el agotamiento del suelo, la desertificación, la acumulación de residuos nucleares cada vez más difíciles de destruir (algunos que duran miles de años), imposibles de controlar, la multiplicación de accidentes nucleares -¡Fukushima!-, la amenaza de un nuevo Chernóbil, la contaminación alimenticia, las manipulaciones genéticas, las sequías a escala planetaria y la escasez de semillas y de alimentos.

Todos los semáforos están en rojo: está claro que la carrera loca tras el lucro, la lógica productiva y mercantil de la civilización capitalista/industrial nos conduce a un desastre ecológico de proporciones incalculables.

La degradación ambiental y la degradación humana y ética están estrechamente unidas



No se trata de caer en el "catastrofismo", sino simplemente de constatar que la dinámica de "crecimiento" infinito provocada por la expansión capitalista amenaza con destruir los fundamentos naturales de la vida humana en el planeta.

De todos estos procesos destructivos, el más común y peligroso es el *proceso de cambio climático*, un proceso consecuencia de los gases de efecto invernadero emitidos principalmente por el consumo de energías fósiles (carbón, petróleo) por parte de la industria, el agro-negocio, y por el sistema de transporte existente en las sociedades capitalistas modernas.

Como sabemos por el trabajo de los científicos del GIEC (Grupo Internacional de Estudios Climáticos), creado por las Naciones Unidas, si la temperatura media se eleva más de 1,5°C por encima de los niveles preindustriales, es probable que se inicie un proceso irreversible de cambio climático.

¿Cuáles serían las consecuencias? Sólo algunos ejemplos:

- La multiplicación de megaincendios, como el de Australia recientemente, y eventualmente la destrucción de los bosques a escala planetaria.
- La desaparición de los ríos y la desertificación de la Tierra.



Luis Roniger

- El derretimiento y desplazamiento del hielo polar y el aumento del nivel del mar, que puede alcanzar decenas de metros, haciendo desaparecer así las principales ciudades de la civilización humana: como Hong Kong, Calcuta, Venecia, Ámsterdam, Shanghai, Nueva York, Río de Janeiro.

¿Hasta dónde puede subir la temperatura? ¿A qué temperatura se verá amenazada la vida humana en este planeta?

Nadie tiene una respuesta a estas preguntas... Estos son riesgos de catástrofes sin precedentes en la historia de la humanidad. Tendríamos que remontarnos al Plioceno, hace unos millones de años, para encon-

trar una condición climática similar a la que podría crearse en el futuro como resultado del cambio climático.

En otras palabras: la crisis climática no es el resultado de la superpoblación, como dicen algunos, ni de la tecnología misma abstractamente considerada, o de la mala voluntad de género humano. Se trata de algo muy concreto: son las consecuencias del *proceso de acumulación del capital*, particularmente en su forma actual, de la globalización neoliberal bajo la hegemonía del imperio norteamericano. Este es el elemento esencial, el motor de este proceso y de esa lógica destructiva que corresponde a la necesidad de expansión ilimitada -lo que Hegel llamó "infinito malo"-, un proceso infinito de acumulación de bienes, acumulación de capital, acumulación de ganancias que es inherente a la lógica del capital. Un proceso que en los últimos 200 años se ha basado esencialmente en las energías fósiles (carbón y petróleo) responsables de las emisiones de gases que provocan el calentamiento global.

No se trata de la "mala voluntad" de tal o cual multinacional, o gobierno, sino de la *lógica intrínseca y perversa* del sistema capitalista, basada en la competencia despiadada, en las demandas de rentabilidad, en la carrera de la ganancia rápida. Una lógica que es necesariamente destructiva del medio ambiente y responsable del cambio catastrófico del clima.

La cuestión de la ecología y del medio ambiente es, por tanto, la cuestión del capitalismo. Parafraseando una observación del filósofo de la Escuela de

Frankfurt, Max Horkheimer -"si no quieres hablar de capitalismo, no tiene sentido hablar de fascismo"-, también diría: si no quieres hablar de capitalismo, no sirve de nada hablar del medio ambiente, porque el tema de la destrucción, la devastación, el envenenamiento ambiental, así como el tema del cambio climático, son el producto del proceso de acumulación de capital.

La naturaleza sistémica del problema es cruelmente mantenida por el comportamiento de los gobiernos, todos (con raras excepciones) al servicio de la acumulación del capital, de las multinacionales, de la oligarquía fósil, de la mercantilización general y del libre comercio.

Algunos, como el ex-presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, el presidente brasileño Jair Bolsonaro, y el ex-primer ministro australiano Scott Morrison, son abiertamente ecocidas y negacionistas del clima. Los otros, los "razonables", reconocen el problema, pero buscan las soluciones en los marcos de la "economía de mercado", es decir, en el capitalismo neoliberal.

Por ejemplo, el tratado de Kyoto de 1997 propone resolver el problema de las emisiones de efecto invernadero a través del llamado "mercado de derechos contaminantes". Las empresas que emiten más CO2 van a comprar derechos de emisión a otras que contaminan menos. ¡Esta sería "la solución" del problema para el efecto invernadero! Sin duda alguna, son soluciones que aceptan las reglas del juego capitalista, que se adaptan a las reglas del mercado, que aceptan la lógica de la expansión infinita del capital, que han resultado ser un fracaso y que han sido incapaces de hacer frente a la crisis climática, una crisis que se convierte en crisis de supervivencia de la especie humana.

La Conferencia de París de 2015 reconoció la necesidad de mantener el aumento de la temperatura por debajo de dos grados o incluso de uno y medio, pero se limitó a pedir "reducciones voluntarias" a los diversos países participantes. Los científicos calcularon que, aunque todos hubieran cumplido sus promesas, el aumento de la temperatura todavía superaría los tres grados. Pero, de hecho, en los años siguientes ninguno de los países cumplió su compromiso de reducir las emisiones de CO2. El espectacular fracaso de la COP2 en Glasgow (octubre de 2021)

Si no quieres hablar de capitalismo, no sirve de nada hablar del medio ambiente, porque la destrucción, el envenenamiento ambiental, así como el cambio climático, son el producto del proceso de acumulación de capital



es sólo el último ejemplo de esta desidia de los poderes constituidos al servicio del capital.

La actitud de las clases dominantes, y en particular de los gobiernos de las principales potencias responsables de la contaminación y la acumulación de CO₂, es muy similar a la de los reyes de Francia: "idespués de mí, el diluvio!" había dicho Luis XV, el penúltimo de los Borbones.

En el siglo 21, el diluvio podría tomar la forma de un aumento irreversible del nivel del mar como en los tiempos bíblicos. Especialmente *nefasto es el papel de la oligarquía fósil*, los intereses vinculados a la extracción, el comercio y el uso del carbón, el petróleo y el gas: multinacionales "extractivas", bancos, centrales eléctricas movidas por energía fósil, industria química y plástica, automoción y aeronáutica, etc. Su influencia en la economía capitalista es decisiva hasta el punto de bloquear cualquier intento de transición energética que suponga suprimir la extracción y el uso de las materias fósiles.

No podemos por lo tanto evitar la conclusión de que no hay solución a la crisis ecológica en el contexto del capitalismo, un sistema enteramente dedicado al productivismo, al consumo, a la lucha feroz por la "cuota de mercado", a la acumulación de capital y la maximización de los beneficios.

Su lógica intrínsecamente perversa, conduce inevitablemente a la ruptura de los equilibrios ecológicos, la destrucción de los ecosistemas y el cambio climático.

Para evitar que el Antropoceno se convierta en una catástrofe, es necesario un cambio radical, una *bifurcación*: la búsqueda de otro modelo de civilización. Necesitamos pensar en alternativas radicales. Alternativas que pongan su horizonte histórico, más allá del capitalismo, más allá de las reglas de la acumulación capitalista, más allá de la lógica de la ganancia y de la mercancía. La alternativa radical es la que ataca la raíz del problema, que es el *capitalismo*, y no es otra que el *eco-socialismo*, una propuesta estratégica resultante de la convergencia entre la re-

flexión ecológica y la reflexión socialista, la reflexión marxista.

Al mismo tiempo, el eco-socialismo debe ser una reflexión crítica, que desafía a la ecología no socialista. La ecología capitalista -o reformista- que considera posible reformar el capitalismo; lograr un capitalismo más “verde”, más respetuoso con el medio ambiente. Se trata de la crítica y de la superación de esa ecología reformista, limitada, que no acepta la perspectiva socialista, que no está relacionada con el proceso de la lucha de clases, que no cuestiona la propiedad de los medios de producción.

El eco-socialismo es también una crítica al socialismo productivo, no ecológico, por ejemplo, el socialismo de la Unión Soviética, donde la perspectiva socialista se perdió rápidamente con el proceso de burocratización, cuyo resultado fue un proceso de industrialización tremendamente destructivo del medio ambiente.

Hay otras experiencias socialistas, sin embargo, más interesantes desde un punto de vista ecológico; la experiencia cubana, por ejemplo.

Por lo tanto, el eco-socialismo implica una crítica profunda y radical de las experiencias y concepciones tecnocráticas, burocráticas y no ecológicas de construcción del socialismo. El eco-socialismo propone una visión radical y profunda de lo que a veces se entiende por revolución socialista. Se trata de transformar, no sólo las relaciones de producción y las relaciones de propiedad, sino la estructura misma de las fuerzas productivas, la estructura del aparato productivo. Es necesario aplicar al aparato productivo la misma lógica que Marx aplicó al aparato del Estado desde la experiencia de la Comuna de París, cuando dice lo siguiente: “los trabajadores no pueden apropiarse del aparato del Estado burgués y utilizarlo al servicio del proletariado. Eso no es posible, porque el aparato del Estado burgués nunca estará al servicio de los trabajadores. Se trata de destruir ese aparato estatal y crear otro tipo de poder”.

Esta lógica también debe aplicarse al aparato productivo: tiene que ser, sino destruido, al menos radicalmente transformado. No puede ser simplemente apropiado por los trabajadores, el proletariado, y puesto a trabajar a su servicio. Necesita ser transformado estructuralmente.

Para evitar que el Antropoceno se convierta en una catástrofe, es necesario un cambio radical, una bifurcación: la búsqueda de otro modelo de civilización

El sistema productivo capitalista, por ejemplo, funciona sobre la base de fuentes de energías fósiles y responsables del calentamiento global -carbón y petróleo-, de modo que un proceso de transición al socialismo sólo es posible cuando esas formas de energía son reemplazadas por energías renovables, como son el agua, el viento y, sobre todo, la energía solar. Por eso, el eco-socialismo implica una revolución en el proceso de producción de las fuentes de energía. Es imposible separar la idea de socialismo -de una nueva sociedad-, de la idea de nuevas fuentes de energía, en particular, del sol. Algunos eco-socialistas hablan de *comunismo solar*, porque entre el calor, la energía del Sol y el socialismo y el comunismo habría una especie de afinidad electiva.

Pero no basta con transformar el aparato productivo, es necesario transformar también el estilo, el patrón de consumo, toda la forma de vida en torno al consumo, que es el estándar del capitalismo basado en la producción masiva de objetos artificiales, inútiles e incluso peligrosos. La lista de productos, bienes y actividades comerciales, que son inútiles y perjudiciales para los individuos, es inmensa. Un ejemplo claro es la publicidad. La publicidad es un desperdicio monumental de energía humana, trabajo, papel, árboles destruidos, electricidad, etc. Y todo esto para convencer al consumidor de que el “jabón X” es mejor que el “jabón Y”. Este es un claro ejemplo de desperdicio capitalista. Se trata, por lo tanto, de crear un nuevo modo de consumo y una nueva forma de vida, basada en la satisfacción de las verdaderas necesidades sociales; cosa completamente

diferente de las supuestas y falsas necesidades producidas artificialmente por la publicidad capitalista.

Es necesaria una organización de todo el modelo de producción y consumo, basados en criterios ajenos al mercado capitalista; como serían las necesidades reales de la población y la defensa del equilibrio ecológico.

Esto significa una economía de transición al socialismo, en la que la población -y no las "leyes del mercado" o un burócrata político autoritario- decide las prioridades y las inversiones, en un proceso de planificación democrática. Esta transición no sólo conduciría a un nuevo modo de producción y a una sociedad más igualitaria, más solidaria y más democrática, sino a una *forma de vida alternativa*, una *nueva civilización* eco-socialista, por encima del ámbito del dinero, de los hábitos de consumo inducidos artificialmente por la publicidad y la producción infinita de bienes inútiles.

Sin embargo, si nos quedamos solo en esto, seremos criticados como utópicos que presentan una hermosa perspectiva del futuro y la imagen de otra sociedad, que obviamente es necesaria, pero no es suficiente.

El eco-socialismo no es sólo la perspectiva de una nueva civilización, una civilización de solidaridad -en el sentido profundo de la palabra, solidaridad entre los humanos y también con la naturaleza-, sino además una estrategia de lucha, ya aquí y ahora. No esperamos hasta el día en que el mundo cambie, no. Nosotros vamos a comenzar desde ahora a luchar por esos objetivos. Sólo así el eco-socialismo será una estrategia de convergencia de luchas sociales y ambientales -de la lucha de clases y de las luchas ecológicas- contra el enemigo común que son las políticas neoliberales, la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el imperialismo estadounidense y el capitalismo global. Este es el enemigo común de los dos movimientos: el movimiento ecologista y el movimiento social.

Esta unión socio-ecológica no se produce espontáneamente. Tiene que ser organizada conscientemente por los militantes, por las organizaciones. Es necesario construir una estrategia eco-socialista, una estrategia de lucha, en la que converjan las luchas sociales y las ecológicas. Necesitamos una perspectiva de lucha contra el capitalismo, un paradigma de civilización alternativa y una estrategia de las luchas sociales y ambientales que a partir de ahora siembre las semillas de esta nueva sociedad, de este futuro eco-socialista.

La alternativa eco-socialista implica, en última instancia, una transformación revolucionaria de la sociedad. Pero, *¿qué significa revolución?* Walter Benjamín propuso una nueva definición de revolución en un pasaje interesante de sus notas a las tesis *Sobre el concepto de historia* (1940) ² que me parece muy actual: "Marx dijo que las revoluciones son la "locomotora" de la historia mundial. Pero tal vez las cosas se presentan de manera diferente. Puede ser que las revoluciones sean el acto por el que la humanidad que viaja en el tren tira de los frenos de emergencia" (1). De manera implícita, la imagen sugiere que si la humanidad permite que el tren siga su camino -ya trazado por la estructura de hierro de las vías- y nada detiene su carrera vertiginosa, vamos derechos a un desastre. Ban-Ki-Moon, ex Secretario General de las Naciones Unidas -personaje que nada tiene de revolucionario-, hizo hace unos años el siguiente diagnóstico sobre el tema ambiental: "Nosotros -dijo refiriéndose a los gobiernos del planeta- estamos con el pie pegado al acelerador y nos precipitamos hacia el abismo" (*Le Monde*, 5.9.2009).

A principios del siglo 21 comenzamos un "viaje" cada vez más rápido hacia el abismo, en el tren suicida de la civilización industrial/capitalista. Un abismo llamado catástrofe ecológica. Es importante tener en cuenta la creciente aceleración del tren, la velocidad vertiginosa con la que se acerca al desastre. Necesitamos tirar fuerte de los frenos de emergencia de la revolución, antes de que sea demasiado tarde. ■

² W. BENJAMÍN, *Gesammelte Schriften*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1972, I, 3, P.1232. La cita de Marx a la que se refiere Benjamín se encuentra en el libro *Luchas de clase en Francia*, de 1850 (*Die Revolutionen sind die Lokomotiven der Geschichte*).

Consejo de Redacción de Éxodo

Carlos Pereda

Conductor de la entrevista

E Evaristo Villar

J José Ramón González-Parada

S Secundino Movilla

R Rufino García

M Miguel Ángel de Prada

A Antonio García Santesmases

B Benjamín Forcano

SM Silvia Martínez

C Carlos Pereda

La historia no se detiene, es un organismo vivo con pulso constante. Pero hay momentos en que los ritmos se aceleran y se producen transiciones de gran calado, hasta el punto de pensar que asistimos a un mundo que se acaba y a otro que está por llegar. Tema polémico, cada vez más frecuente en la opinión pública y que, por primera vez en la historia de la revista, queríamos asumir como entrevista de grupo desde el consejo de redacción. Así que fijamos una fecha y nos lanzamos al ruedo. El método escogido era tan sencillo como compartir de forma libre nuestras reflexiones y nuestros sentimientos, una lluvia de ideas que esperamos pueda interesar a nuestros lectores y lectoras.

E Para arrancar podríamos señalar lo que entendemos por *crisis de civilización*, qué es lo esencial en ese proceso de transformaciones.

J Hay bastantes evidencias científicas de que la transición a la que apuntamos es universal y

de que no afecta sólo a determinadas culturas, sino que es planetaria. Yo diría que atravesamos una era oscura: sabemos cómo entramos pero no cómo vamos a salir. Y son las salidas las que permiten hacer más apuestas. Si hablamos de *cambio climático*, no vamos a cambiar el clima,

Atravesamos una era oscura: sabemos cómo entramos, pero no cómo vamos a salir

¡ya lo hemos cambiado! Pero nos podemos plantear cómo adaptarnos a vivir en un nuevo clima.

S En mi opinión, es muy difícil en estos momentos de cambio enfrentarse de forma directa a los poderes establecidos, económicos y políticos, que quieren mantener sus privilegios y someter a las masas. Pero es posible hacerles frente desde el pensamiento crítico, desenmascarando lo que hay detrás de esas luchas de poder. Este es el planteamiento del filósofo andaluz Pablo Font en el libro recién publicado *La batalla por el colapso*. Una guerra encarnizada se libra ante nosotros entre élites de diverso tipo que tratan de alcanzar las mejores posiciones ante un próximo colapso ecosocial, a la vez que se juega la supervivencia en condiciones dignas de la gran mayoría de la humanidad.

R A veces entendemos la crisis civilizatoria o el colapso ecosocial como el paso de algo bueno a

algo malo, pero esas expresiones también pueden significar lo contrario: la transición de un modelo económico y ecológico insostenible a otro que sea menos destructor de la naturaleza y de las personas. Convendría acentuar las pistas positivas que se vislumbran en el cambio que se aproxima.

M Comparto esta opinión de Rufino. Hablar de crisis civilizatoria nos puede llevar a generar una imagen positiva de lo que dejamos, como si fuera el modelo o el patrón de valor de lo que está por llegar. Se perderían los valores de occidente que tanto ha costado conseguir, ¡illega el caos! Sin embargo, si analizamos el mundo que dejamos, a lo mejor no habría tanto que salvar. ¿O es que queremos volver a la antigua normalidad?, ¿a la normalidad de la desigualdad, del patriarcado, del derroche del consumo que se carga el planeta?

J Disiento. El concepto de civilización occidental no tiene sólo carga negativa. Se desmoronan elementos buenos y malos. Volver a plantear hoy la democracia en sentido fuerte es revolucionario, porque el capitalismo es incompatible con la democracia. Lo positivo es algo por lo que luchar y que hay que tratar de mantener. Y mira tú por donde, el colapso va a darnos el gusto de acabar con el capitalismo liberal extractivo, lo que nosotros no pudimos conseguir.

M En particular, en este proceso de cambios hay dos puntos que quiero destacar, uno positivo y otro negativo. El positivo es la necesidad de asumir los límites de la naturaleza que impiden seguir con un consumo ilimitado de recursos, cada vez más finitos. Tendrá que haber un decrecimiento, por convicción o por obligación, ya que el planeta no da para más. Será positivo si lo asumimos por convicción. Si no, las élites poderosas lo impondrán de forma autoritaria. Pero no hay escapatoria.

E Pues esto que planteas del decrecimiento es real pero tiene mala prensa.





Tendríamos que pensar cómo plantearlo para que se entienda bien, qué lenguaje utilizar.

M El segundo punto que quería destacar es negativo: hoy Suecia y Finlandia piden la entrada en la OTAN abandonando el principio de neutralidad del que se sentían orgullosas y que era una de sus señas de identidad. ¿Qué significa esto para el mundo que está por venir? Quizás la ampliación de guerras, lejanas y cercanas como la de Ucrania, reabren una nueva época de militarismo donde los problemas se van a resolver por la vía de la fuerza bruta de las armas. El trust del armamentismo en alianza con los bloques políticos y las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial... amenazan con asentar una sociedad cada vez más jerarquizada, desigual y violenta.

C La democracia tiene que ver con la distribución del poder y, en ese sentido, yo creo que vivimos en sociedades poco democráticas, tanto en el plano de la economía como de la acción política. "Lo llaman democracia y no lo es", gritábamos en las manifestaciones del 15M. Y es que la idea de "democracia" se ha impuesto como carta de legitimidad en la mayoría de las sociedades

pero, como recoge Juan Manuel Vera en este mismo número, hace falta que los movimientos sociales emergentes desarrollen una praxis instituyente que profundice la democracia a todos los niveles.

A El punto de la guerra que ha señalado Miguel marca mucho. A diferencia de lo que ocurrió en la crisis de las hipotecas de 2008, en que Alemania impuso los recortes en toda Europa, la Covid 19 dio lugar a la mutualización de la deuda, pero la retirada de Afganistán y la guerra de Ucrania lo han cambiado todo. La pandemia hizo tomar conciencia de los cambios que había que introducir en la orientación económica para asegurar la cohesión europea, pero esta mutualización de la deuda se puede romper con la guerra. Con anterioridad hubo otro momento de cambio positivo con la perestroika y la unidad alemana, pero enseguida se produjo la invasión del Golfo y las guerras de Oriente Medio. Y ahora, cuando Alemania ya había demostrado una voluntad de cooperación, aparece la guerra de Ucrania. No es por pensar en conspiraciones, pero tampoco aprendemos. Durante la pandemia el clima cambió, mejoró el medio ambiente, el aire... Observamos

Una guerra encarnizada se libra entre élites de diverso tipo que tratan de alcanzar las mejores posiciones ante un próximo colapso ecosocial

que los principios medioambientales y sanitarios se podían anteponer a los económicos y financieros, se podía detener el cambio climático... pero la guerra lo cambia todo y aparecen otras prioridades. Se había frenado la entrada de Turquía a la OTAN con el argumento de las diferencias culturales, y ahora Turquía frena la entrada de Suecia y Finlandia en el organismo militar. La indignación personal o colectiva tiene efectos distintos en la situación prebélica debido a la guerra de Ucrania. El número de Éxodo sobre la "Crisis civilizatoria" está en el contexto anterior a la invasión rusa. La guerra es un choque y algunos la entenderán como conflicto de civilizaciones.

C No estoy de acuerdo en poner el foco en la crisis de la civilización occidental para entender los cambios globales de nuestra época. Tal civilización no ha sido tan positiva para la humanidad, como demuestra, entre otros, Enrique Dussel en su extraordinario libro *Filosofía de la liberación*. Un trabajo de deconstrucción histórica no sólo de la dominación sino de los procesos de liberación generados a lo largo del tiempo. Pero además se trata de una civilización regional y fundamentalmente eurocéntrica, que ha minusvalorado los enormes aportes de otras culturas existentes en el planeta, tal como han expuesto los etnoecólogos mejicanos Víctor Toledo y Narciso Barrera-Bassols (*La memoria biocultural*). Para superar la tremenda crisis del mundo actual, hay que poner en práctica todo el repertorio de experiencias y aprendizajes acumulados a lo largo del tiempo por culturas milenarias. En particular, ante el dilema entre agroindustria y agroecología, la memoria de la especie se inclina



por esta última como base fundamental para la reconstrucción de una sociedad sostenible.

Y más cerca de nosotros está la aportación de Ramón Fernández Durán, también colaborador de Éxodo, que nos dejó en 2011. En su obra póstuma, *En la espiral de la energía*, deja pruebas contundentes de que el colapso desde el punto de vista ambiental es inevitable y alumbrará sociedades distintas en el lapso de unos doscientos años, tiempo relativamente corto desde una perspectiva amplia de la historia de la humanidad. Las energías renovables serán fundamentales y se producirá una notable reducción demográfica ligada a crisis alimenticias, pandemias y guerras. Según Fernández Durán, en los últimos 5.000 años han prevalecido sociedades de dominación, ligadas a la aparición de grandes imperios, patriarcado, acumulación de recursos y derroche de energías fósiles. Sin embargo, con anterioridad a esa fecha, prevalecieron socieda-

des de cooperación en armonía con los ritmos de la naturaleza. A partir de ahora, los cambios que se produzcan oscilarán entre el autoritarismo y el eco-comunitarismo, dependiendo de la correlación de fuerzas entre los agentes sociales.

B Para mí, el momento de crisis que vivimos se debe, fundamentalmente, a que la humanidad se ha separado de la madre Tierra. Nos hemos olvidado de esa unidad maravillosa que nos constituye debido a la explosión de la cultura cartesiana e industrial que arrasa los recursos limitados del planeta y lo extorsiona. Porque la madre tierra puede vivir sin nosotros, nosotros sin ella no. Sería necesario escuchar el argumento de los científicos y la voz de profetas como Leonardo Boff o el Papa Francisco. En caso contrario, es evidente que llegará el caos climático y el colapso social. O respetamos a la madre Tierra o perecemos. Las diversas Cumbres del Clima han sido inoperantes por las presiones de los poderes económicos y políticos. Un proceso que no es fruto del azar sino de las decisiones adoptadas por una clase política sometida a la presión del sistema

capitalista extractivista de la naturaleza. Esto es para mí el tema prioritario.

E En efecto, el neoliberalismo nos está llevando al límite de la Tierra y de la humanidad. Es la aportación de Yayo Herrero, la activista ecofeminista que tanto ha aportado a nuestra revista. Pero no nos podemos engañar pues, a pesar de la crisis, el sistema establecido sigue teniendo mucha vitalidad. Recuerdo la posición de José Saramago, para quien el modelo capitalista había demostrado a lo largo de su historia una gran capacidad de adaptación. Sólo cabe mantener la esperanza desde una cierta utopía. Nos tenemos que posicionar para saber cómo movernos, pero no ser ingenuos.

M Ciertamente, con lenguajes puritanos, de echar broncas a la gente, no se cambia nada. Además, nos vamos a encontrar con relatos nuevos, nuevas construcciones de sentido que tratan de justificar el modelo social existente. Se apostó por la globalización frente al nacionalismo local, pero se han visto sus límites: un barco encalla en Suez y el mundo se para. Otro relato del multimillonario Elon Musk, frente al colapso



ecológico, es dejar la Tierra y repoblar otros mundos, lo que pretende hacer a través de su empresa SpaceX, que ha firmado un programa con la NASA para lanzar sus propios cohetes. Para Musk, la exploración espacial y llevar al hombre a otros planetas nos puede servir como defensa de amenazas a la supervivencia de la especie humana. Se habla también del *Metaverso* como nuevo espacio virtual de expansión de la humanidad. El relato tiene tanto poder que es capaz de hacernos ver como inevitable el cambio climático, pero como imposible el cambio del sistema capitalista.

C Yo creo en la fuerza de la humanidad para enfrentarse al modelo capitalista depredador. No es que sea fácil, pero los movimientos por la liberación han acompañado siempre, como su propia sombra, a las prácticas de opresión. Como decía Emmanuel Wallerstein, en el Foro Social de Porto Alegre, "ni el capital es tan fuerte como solemos creer, ni las clases trabajadoras tan débiles, esforcémonos por conseguir la fuerza que necesitamos". La cuestión es aprovechar las brechas y los proyectos de transformación que surgen a lo largo del camino y ser



Volver a plantear hoy la democracia en sentido fuerte es revolucionario, porque el capitalismo es incompatible con la democracia

constantes. Por ejemplo, quién nos iba a decir hace 50 años que la conciencia ecológica o el feminismo iban a alcanzar la fuerza social que ahora tienen...

B Me llegó hace unos días una propuesta promovida por Miguel d'Escoto y otros líderes latinoamericanos que me parece muy importante. La propuesta plantea *reinventar las Naciones Unidas* de manera que unos pocos países dejen de tener el poder de veto por encima de la opinión de la mayoría de las naciones. Sería algo muy importante, en especial

para conseguir que las guerras no se conviertan en la vía para resolver los problemas mundiales.

R Efectivamente, creo que es muy importante abrir brechas y poner diques, según los casos, para robustecer los relatos críticos y las prácticas alternativas que se encuentran en los lugares más recónditos de la sociedad. Tantas luchas de jóvenes, de mujeres, de sectores excluidos, etc., que buscan sobreponerse a su condición de víctimas y promover unas relaciones sociales más justas...

SM Vale la pena resaltar también las propuestas ecosociales y ecoespirituales que las mujeres están haciendo de forma callada, en muchos lugares del planeta, frente a la opresión e invisibilidad que padecen en la actividad económica, incluido el trabajo doméstico, las migraciones internacionales o las propias relaciones de género. Además del ecofeminismo, habría que potenciar las nuevas experiencias de agroecología y las comunidades energéticas locales.

A El futuro es difícil de predecir porque el contexto es cambiante. Y las previsiones dependen de las vivencias de cada generación. A nosotros, mayores y occidentales, nos cuesta entender



otros contextos, sea los asiáticos o los de los jóvenes de nuestro propio país. Para estos últimos, el bautismo para pensar globalmente fue el 15M, pero, ¿qué piensan ahora tras la pandemia y el rebrote de la guerra en suelo europeo? Nosotros entendemos el enorme cambio que supone pasar del pacifismo de Palme, tras la segunda guerra mundial, a la entrada de Suecia en la OTAN, pero los jóvenes seguramente no captan el sentido de esa evolución. Nosotros entendemos la propuesta de Habermas de apoyar a Ucrania, pero no tanto que se precipite una tercera guerra mundial, de esto último tenemos sobrada experiencia tras dos guerras mundiales arrasadoras. Pero no sabemos cómo reaccionarán China, India u otros países, cada cual con sus propios fantasmas e intereses. No hay un contexto único para prever el futuro.

UNA FRASE PARA CERRAR

J La idea de crisis civilizatoria afectaría principalmente a Europa, USA y Rusia, con repercusiones en el resto del mundo. En la era del Antropoceno, esto significaría la crisis de occidente y del capitalismo. Y la guerra de Ucrania, un síntoma claro del fracaso de occidente.

M Consolidar elementos e iniciativas que ya están ahí pero son poco conocidas o están invisibi-

lizadas, así como propiciar alianzas de sectores u orientaciones con múltiples lógicas de legitimación social, más allá de la homogenización de los Estados. En cuanto a los relatos, desde la lógica que defiende Éxodo, mantener la esperanza en que los momentos oportunos existen y hay que aprovecharlos: es el Kairós del evangelio.

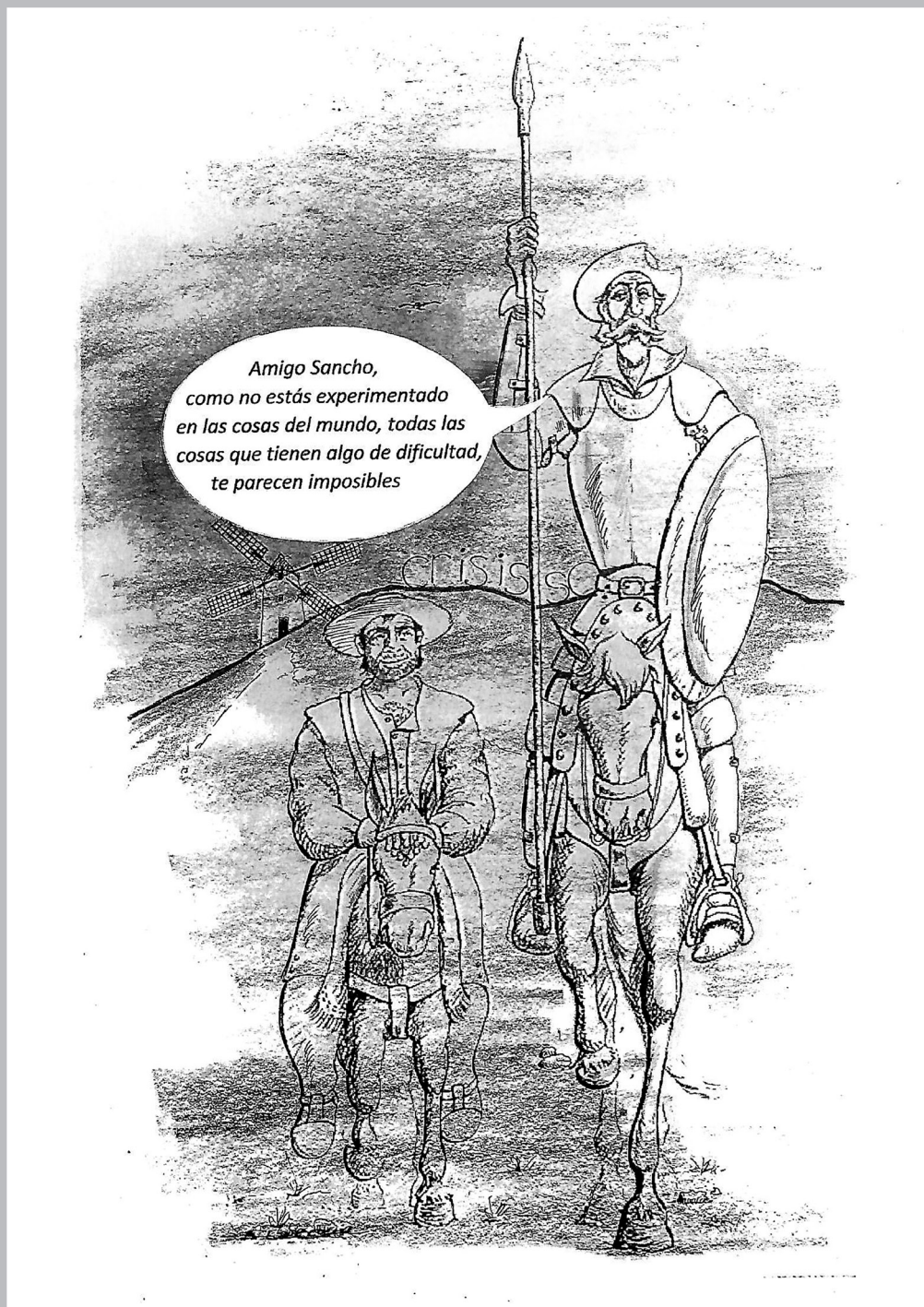
E A sabiendas de que el sistema tiene una costura muy dura, hay que aprender a reconocer sus grietas y, con realismo, trabajar en la línea que plantea Miguel.

R Pensar globalmente y actuar localmente.

C Retomar la confianza en que otro mundo es posible. Y para ello vacunarnos con la lectura que hace la teología de la liberación de las virtudes teológicas.

S Si la batalla por el primer puesto entre las élites ante el colapso ha empezado, nosotros debemos perder el complejo de que no se puede hacer nada.

A Me parece interesante atender a las vivencias de los jóvenes desde el 15M, las Mareas, etc. ¿Cómo pueden vivenciar la actualidad y el futuro sin la experiencia que nosotros tenemos? Abrirse y escuchar a los jóvenes. ■



El cambio climático será inevitable mientras el cambio
del capitalismo sea imposible

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director de FUHEM Ecosocial

Manifestaciones apremiantes de la crisis civilizatoria

ESTAMOS ante una civilización que no civiliza y que amenaza con arrastrar a la humanidad a la barbarie. Tras desatar en los dos últimos siglos poderosas fuerzas productivas que han provocado una mejora sin precedentes en las condiciones de vida de millones de personas, empezamos a comprobar el alto precio pagado por una prosperidad que en ningún momento ha sido patrimonio común de la humanidad. Se trata de una crisis de civilización porque es una crisis *total* que atañe a *todo* el sistema: a los intercambios que establecemos con la naturaleza, a las relaciones y normas con que organizamos la sociedad y a los valores y marcos de comprensión de la realidad. Se trata, pues, de una crisis ecológica, social y cultural que, lejos de ser tres crisis separadas, se presentan irremediabilmente

unidas, revelando que lo que entra en crisis es nuestra civilización, es decir, el modo de producir, consumir y vivir que el capitalismo industrialista ha configurado durante los últimos siglos.

Las crisis de civilización se expresan mediante una variedad de manifestaciones. Las más recientes -de esta que llamamos capitalista- están resultando especialmente perturbadoras: en el transcurso de apenas tres lustros, y con el trasfondo de una crisis climática de consecuencias impredecibles a la que no prestamos la debida atención, hemos asistido a una crisis financiera de una dimensión descomunal (La Gran Recesión del año 2008), a la primera pandemia global en sentido estricto (la COVID-19 del año 2020) y, ahora en 2022, a una guerra en Ucrania que acelera la

tendencia armamentística que se venía incubando desde hace años y que aviva la pesadilla exterminista siempre asociada al gigantismo nuclear. Recesión, pandemia y guerra. En tiempos de crisis los límites de lo posible se ensanchan en todas direcciones, tanto reaccionarias como liberadoras, unas veces a favor de las élites y otras en beneficio de la mayoría.

Estas manifestaciones adoptan la forma de crisis concretas: climática, energética, alimentaria y del orden social. No son las únicas, pero sí tal vez las más apremiantes. Me referiré a ellas, empezando por las implicaciones de la primera.

LA CRISIS CLIMÁTICA

La desestabilización global del clima es seguramente el síntoma más evidente y grave de la enfermedad capitalista. Dicha enfermedad, que está provocando una imparable degradación ecológica situándonos en una grave situación de extralimitación, socava el bienestar de las sociedades con unos graves efectos sobre la seguridad y salud de las personas. En un manifiesto reciente, presentado como una advertencia abierta de la ciudadanía acerca de la extralimitación y del colapso¹, se señala que: «El cambio climático -un problema masivo de gestión de residuos- es *tan solo uno de los muchos síntomas del problema subyacente de la extralimitación*», coexistiendo con otros muchos síntomas (como la

pérdida de biodiversidad y de la integridad de los ecosistemas que favorecen pandemias como la que aún nos azota), de manera que «tenemos que tratar el cáncer que está causándolo junto con todos los demás co-síntomas».

En relación con el síntoma del cambio climático, el informe más reciente de la Organización Meteorológica Mundial señala que cuatro de los indicadores fundamentales que se emplean para evaluar la evolución del calentamiento global -las concentraciones de los gases de efectos invernadero (GEI), la subida del nivel del mar, el calor acumulado en los océanos y la acidificación de los mares- registraron durante el último año unos niveles récord, y recuerda también que, desde que se cuenta con registros, los últimos siete han sido los más cálidos². Las consecuencias humanas de esta alteración antropogénica del clima global son, y serán cada vez más, catastróficas.

Los efectos del cambio climático que se están registrando a nivel global son cada vez más visibles. Una de las áreas más vulnerables es la mediterránea, que se está calentando un 20% más que la media global. Según datos de la Agencia Española de Meteorología (AEMET), en lo que llevamos de siglo el cambio climático ha triplicado los episodios de olas de calor, ampliando su extensión territorial, así como su duración. El verano se come a la primavera y se extiende por el otoño, y son cada vez más frecuentes los episodios de calor en estaciones diferentes a la estival. Como consecuencia,

¹ Megan K. SEIBERT: «Citizens' Warning on Overshoot and Collapse» (se puede consultar en castellano en: <https://ultimallamadamanifiesto.files.wordpress.com/2021/12/citizens-warning-on-overshoot-and-collapse-es.pdf>)

² World Meteorological Organization (WMO), State of the Global Climate 2021, WMO-No. 1290 (publicado el miércoles 18 de mayo de 2022)



y aunque se haya conseguido reducir el número de incendios, los que ocurren ahora son más devastadores, calcinando el doble de superficie que los incendios de hace 30 años³. Por otra parte, sumado a los problemas de gestión del agua que tenemos y que provocan una escasez hídrica en la mayor parte de nuestro territorio, se estima una pérdida de alrededor del 30% de media en las precipitaciones, sobre todo en verano, con lo que las sequías y los periodos sin lluvias serán cada vez más largos, con todo lo que ello conlleva para el campo y la agricultura. A la alteración en los patrones de precipitaciones hay

que añadir el incremento en el número de fenómenos meteorológicos extremos asociados a tormentas explosivas (vientos, inundaciones, rayos, aludes, etc.). El calentamiento y el deshielo están produciendo también un aumento del nivel del mar, que en el caso del Mediterráneo se está traduciendo en un incremento de 16 cm desde que existen registros, la

La desestabilización global del clima es seguramente el síntoma más evidente y grave de la enfermedad capitalista

³ MITECO. Estadísticas de incendios forestales en España. Área de defensa contra incendios forestales, 2022. https://www.miteco.gob.es/es/biodiversidad/estadisticas/Incendios_default.aspx



mitad en los últimos 30 años⁴. Con todo, es la población más pobre del planeta la que está padeciendo las consecuencias en una proporción infinitamente mayor, con la paradoja de que son ellos quienes menos contribuyen a la magnitud del problema.

LA CRISIS ENERGÉTICA

La crisis energética representa la otra cara de la crisis climática al ser la acu-

⁴ MARCOS, M, ET AL, «Historical tide gauge sea-level observations in Alicante and Santander (Spain) since the 19th century», *Geosci. Data J.* 8, 144-153 (2021).

mulación de GEI la causante del efecto invernadero. La civilización industrial capitalista, construida sobre la base energética de los recursos fósiles, ha mostrado la existencia de límites en la disponibilidad de los recursos (debido al agotamiento de unos stocks que se extraen de la corteza terrestre a un ritmo que no se corresponde con los largos periodos geológicos que los forman) y la presencia, aún más apremiante, de límites en la capacidad de asimilación de los residuos gaseosos que genera. Una vez más nos encontramos ante un nuevo síntoma de la exlimitación y desmesura a las que nos aboca el modo de vida actual. Una mayor consciencia de esta situación nos exigiría renunciar a un modo de acumulación basado en requerimientos crecientes de materiales y energía y a perfilar horizontes con nuevos fines (sociales, económicos y políticos) y medios que hagan un uso menos intensivo de los recursos.

Este debería ser el insoslayable punto de arranque de cualquier discusión seria sobre el sistema energético. El asunto no es tan simple como acelerar el desarrollo tecnológico y la sustitución de unas fuentes energéticas insostenibles por otras renovables. La cuestión tiene mayor enjundia, y la interiorización de la existencia de los límites naturales (cuando se cumple el quincuagésimo aniversario de la publicación del informe al Club de Roma de los esposos Meadows) debería situar en el centro del debate el cuestionamiento del modo de vida que hemos construido (cómo nos alimentamos, movemos y habitamos el territorio).

Además, aunque nuestras sociedades fueran más conscientes de lo que

muestran en relación con la existencia de los límites naturales, el problema de la transición energética no se resuelve sin la introducción de otros planos en el debate. El primero tiene que ver con el propósito de descarbonizar electrificando todos los procesos que hasta ahora se encuentran alimentados con recursos fósiles y que en adelante obtendrían los suministros de un sistema eléctrico basado en flujos renovables. Esta vía de «descarbonizar electrificando» sin cambios profundos en el modo de vida hegemónico, además de los consabidos límites ya aludidos, no está exenta de su propia problemática, particularmente derivada de la singularidad que presenta la electricidad como producto. Otro plano ineludible que añade complejidad a la transición es la presencia en el sector energético de instituciones, actores y relaciones de poder que, de no tomarse en consideración, marcarán las posibilidades de que aquella pueda llegar a ser justa además de sostenible.

En resumen, que la crisis energética difícilmente se abordará con seriedad si no nos pone frente al espejo de la situación de extralimitación en la que nos encontramos y no se encaran las dificultades específicas que presenta un sistema energético que, además de gobernado por estructuras oligopólicas que condicionan el funcionamiento de los mercados y la fijación de los precios, rezuma fuertes tensiones geopolíticas.⁵

⁵ Aspectos que hemos abordado con mayor profundidad en el número 156 de nuestra revista Papeles de relaciones ecosociales y cambio global, titulado: «Crisis energética (y de materiales)».

La crisis energética difícilmente se abordará con seriedad si no nos pone frente al espejo de la situación de extralimitación en la que nos encontramos

LA CRISIS DEL ORDEN SOCIAL Y LA GUERRA ⁶

Esas tensiones geopolíticas se están azuzando en la actualidad. La guerra en Ucrania es el principal síntoma. Estamos ante un momento crucial en la reconfiguración del orden internacional. Cabe interpretar esta guerra como un pulso entre imperios nucleares con Ucrania como víctima. Asistimos a un choque entre imperios en decadencia (el ruso y el occidental conformado en torno a la Alianza del Atlántico Norte) en un momento dominado por el ascenso imparable de China como nueva potencia económica.

Rusia, el país agresor, puede que no represente gran cosa en el ámbito económico, pero dispone de un enorme poder nuclear y de grandes reservas de gas y petróleo. Además, su relevancia no se limita a eso. El papel de Rusia como suministrador de materias primas al resto

⁶ Véase «Crisis, modos de vida y militarismo. Una lectura a propósito de la guerra de Ucrania», Dosieres Ecosociales, FUHEM Ecosocial, Madrid, abril 2022.

[Se puede descargar en <https://www.fuhem.es/dosieres-ecosociales/>]

del mundo no solo atañe al sector de la energía, se extiende también a ciertos metales críticos y al campo alimentario. Rusia es un gigante en cuanto a materias primas: según los datos la agencia Bloomberg, las exportaciones rusas en relación con la extracción mundial de petróleo y gas representan, respectivamente, el 8,4 y el 6,2%; lidera las exportaciones de paladio (45,6%); posee algunos de los principales yacimientos de níquel-cobre-paladio del mundo y tiene un peso destacadísimo en lo que se refiere al platino. Los analistas internacionales han advertido de los problemas de escasez de paladio, platino y gas neón en la producción de microchips. A su vez, la industria del automóvil europea muestra su preocupación ante la falta de níquel para baterías de iones de litio y de paladio para los convertidores catalíticos. En el ámbito alimentario, Rusia produce el 13% de los abonos más utilizados en el planeta (los basados en potasio, fosfato y nitrógeno), y estos fertilizantes son para un gigante agrario como Brasil tan relevantes como lo es el gas para los estados miembros de la UE.

LA CRISIS ALIMENTARIA

Rusia y Ucrania se encuentran entre los principales países exportadores de trigo

del mundo (el primero y el quinto, respectivamente, en el año 2020). Ucrania va a tener enormes dificultades para seguir siéndolo mientras dure la guerra. A su vez, Rusia ha interrumpido gran parte de sus exportaciones de grano para intentar controlar la subida de los precios en el país. Por si fuera poco, Kazajistán, el mayor exportador de productos agrícolas de la zona, ha seguido su ejemplo. Además, no se trata solo de que Rusia y Ucrania sean grandes exportadores agrícolas, su papel también es crucial en cuanto productores de fertilizantes. Antes de la guerra Rusia era el principal exportador del mundo. China -otro de los principales productores de fertilizantes- también ha reducido buena parte de sus ventas al exterior buscando igualmente evitar el alza de los precios en el interior del país. Sin embargo, la consecuencia de todo ello es que se están incrementando los precios internacionales de estos productos, afectando en mayor medida a los países que más dependen de las importaciones de alimentos y de abonos.

Estas tensiones en los mercados internacionales debidas al alza de los precios (de insumos y productos) y a los problemas de suministro que está ocasionando la guerra muestran, una vez más, la alta vulnerabilidad que representa para la humanidad el actual modelo agroalimentario industrial globalizado dominado por un número reducido de corporaciones transnacionales y de exportadores de materias primas. Un modelo que no solo resulta insostenible ambientalmente por su alta dependencia de las energías fósiles y de los abonos minerales, sino que también lo es socialmente al desbaratar las economías campesinas de la mayoría de los países.

Las crisis alimentarias resultan críticas para la paz, la seguridad y la estabilidad en muchos lugares del mundo

Se avecina, según los expertos, una grave crisis alimentaria. Especialmente en determinados países de África y Asia. La subida de los precios de los alimentos básicos provocada por la guerra en Ucrania, unida a los conflictos internos y a la crisis climática, amenazan especialmente al Sahel y a la región oriental del continente africano. Oxfam Intermón y Save the Children denunciaban en mayo el comienzo de una hambruna que asolaba de nuevo al Cuerno de África. Egipto, principal importador del trigo ruso y ucraniano, puede verse abocado -si no consigue asegurar otras importaciones y mantener el precio del pan- a protestas y revueltas sociales que desestabilicen toda la cuenca mediterránea. Las crisis alimentarias resultan críticas para la paz, la seguridad y la estabilidad en muchos lugares del mundo. No se debe olvidar que el incremento de los precios de los alimentos provocó desde finales del 2007 hasta mediados del año 2008 violentos motines y revueltas en más de treinta países, acontecimientos que volvieron a reaparecer en el verano del 2010 en algunos países del norte de África.

EN LAS RESPUESTAS TAMBIÉN SE TRASLUCE LA CRISIS

La crisis ecológica ha puesto de manifiesto que gran parte de la actividad económica esconde -tras la fachada de la creación de valores monetarios- unos procesos que son básicamente de mera apropiación y destrucción de la riqueza natural preexistente. A la lógica productivista/ consumista de las mercancías, que ha dinamizado secularmente los de-



roteros del capitalismo, le corresponde una lógica extractivista/ despilfarradora que acaba con la ilusión de un funcionamiento autónomo de la economía con respecto a las realidades físicas y naturales. La acumulación de capital no entiende de restricciones naturales y su desmesura nos ha conducido a extralimitarnos hasta el punto de que ya se empiezan a percibir las consecuencias. En el plano social, los comportamientos competitivos e individualistas orientados exclusivamente por el rendimiento dejan a la gente exhausta y están socavando las bases comunitarias. La soledad, la ansiedad, el estrés o la fatiga crónica son rasgos omnipresentes de

una sociedad alejada de la posibilidad de realizar una vida buena o de calidad.

Este cruce de crisis no puede ser ignorado y si, como parece, desde las instancias de poder no se ofrece más respuesta a este panorama de problemas fuertemente interrelacionados que la voluntad de control y apropiación de los recursos y bienes comunes para beneficio propio y exclusivo de unos pocos mediante la militarización y el ejercicio de la violencia, habrá que concluir que, efectivamente, la crisis de la civilización capitalista en la que andamos metidos es un asunto muy serio para la mayoría de la población mundial.

El modo de vida hegemónico no es una buena vida. La insostenibilidad ecológica que arruina el futuro, las desigualdades (de clase, de género, entre países y etnias) que atraviesan a la sociedad, la pobreza sangrante que soporta una parte importante de la humanidad, la

precarización vital y laboral a la que se ven abocadas generaciones enteras, los desequilibrios territoriales que condenan al mundo rural y hacen emerger nuevas periferias, las pulsiones autoritarias que devalúan las actuales democracias o la polarización social e ideológica que fracturan, crisan y extienden un manto de posverdad son un precio demasiado elevado a pagar por preservar las pocas ventajas y los muchos privilegios de un modo de vida que no se puede generalizar al conjunto de la humanidad sin empeorar la existencia de todos al socavar la verdadera riqueza social y natural que permitirían vivirla como una experiencia gozosa plena de sentido.

Sobra malestar social y falta encontrar las respuestas adecuadas para afrontar tamaño desafío, porque esta crisis es también una crisis cultural y de valores, y esto también trasluce la hondura civilizatoria de la crisis que vivimos. ■



Pablo Font Oporto
Universidad Loyola Andalucía¹

Crisis civilizatoria: algunas raíces e impactos

LA cuestión de la crisis de la civilización occidental se ha convertido en un tópico en los **últimos años**. **No es pretensión de este texto hacer un recorrido completo sobre toda la literatura y los puntos de vista que existen al respecto, sino más bien algunas reflexiones que,** desde lo limitado de cada planteamiento personal, puedan contribuir a iluminar esta cuestión desde un diálogo necesario con otras ineludibles perspectivas complementarias. Deberíamos empezar advirtiendo una de las características que distan-

cian claramente esta crisis civilizatoria de muchas otras que la han precedido en la Historia de la Humanidad: se trata más bien, de una crisis global, dado que la civilización occidental, de forma impuesta, se ha globalizado, tanto en el plano fáctico como en su cosmovisión.

Nos encontramos ante una grave crisis civilizatoria global que además es también multidimensional (Riechmann, Carpintero Redondo y Matarán Ruiz, 2014), lo que comporta muchos factores cuya recopilación exhaustiva no es fácil, amén de la compleja interconexión que existe entre estos. Hay quien habla incluso de encrucijada de crisis o "*critical juncture*" (Mateos Martín, 2021, 29, nota 27).

Antes de entrar a analizar algunas de sus posibles causas, creemos también

¹ Pablo Font Oporto (Sevilla, 1980) es profesor de Filosofía política en la Universidad Loyola Andalucía. Acaba de publicar *La batalla por el colapso. Crisis ecosocial y élites contra el pueblo* (editorial Comares, 2022). Twitter: @Pablo-FontOporto.

pertinente mencionar una de las consecuencias concretas más graves que puede tener todo esto, por cuanto afecta a la propia supervivencia de la Humanidad en condiciones de dignidad: el hecho de que esta encrucijada de crisis puede conducirnos, además, a un precipicio en forma de colapso ecosocial en términos más o menos graves. En efecto, todos los indicios científicos apuntan, en particular, a la inminencia de un colapso socioambiental que nos atraparía por diferentes frentes, pero que esencialmente constaría de dos elementos: de un lado, un grave caos climático que puede degenerar en un auténtico cataclismo progresivo que acabe con la vida sobre la faz de la Tierra. De otro, una crisis de recursos (minerales, sobre todo) justo en el momento en el que más los necesitaríamos para poder afrontar la emergencia climática (con las tecnologías disponibles y sin disminuir el consumo). Inevitablemente, este colapso ecológico iría acompañado de una grave crisis social y civilizatoria. Social, porque las complejas sociedades interconectadas -que la Humanidad ha generado en su breve pero intensa historia- sufrirían intensamente el embate de esta gran ola; si bien la misma golpearía primero a los (y, sobre todo, las) más débiles. Civilizatoria, porque irremediablemente, aunque las élites del poder se protegerían de los primeros impactos, nadie estaría a salvo de este *tsunami* arrollador. Un tsunami que aniquilaría todo a su paso, llevándose por tanto también nuestra civilización, al menos tal y como la conocemos en los inicios del siglo XXI.

Tres características, particularmente, definen y singularizan esta situación, hasta el punto de conferirle unas propiedades nunca observadas. Se trata

(como ya hemos apuntado) de una crisis global, multidimensional y, además, *antropocénica*. En efecto, en primer lugar, es una crisis que afecta a todo el planeta y de la que no cabe escapar yéndose fuera, porque ya no existe el "*afuera*". En segundo lugar, impacta en todos los subsistemas biofísicos y sociales, nada escapa a su acción.

Se suma a todo ello que es una crisis *antropocénica*. El ser humano se ha convertido en el más importante actor natural, hasta el punto de que su acción conjunta condiciona ya la evolución del delicado equilibrio del planeta y lo pone en peligro. El ser humano es una potencia capaz de autodestruirse a sí mismo y al planeta. No sólo de manera rápida y voluntaria, a través de la guerra nuclear, sino también mediante mecanismos involuntarios y progresivos, como son todos los que comportan su modo de vivir, en particular en la civilización hegemónica. Sin embargo, ese modo de vivir, encarnado en el sistema-mundo (Wallerstein, 2005) que hemos construido a nivel global, no sólo no parece fácil de eliminar, se asemeja inevitable. Como si nuestra imaginación hubiese sucumbido ante un tótem de confort irresistiblemente seductor, somos incapaces de imaginar otro modo de organizarnos.

A todo esto, cabe añadir el factor tiempo. Algunos hablan de que nos encontramos al borde de la hecatombe. En todo caso, parece que durante los próximos años podríamos estar cruzando un umbral de no retorno, y la ventana de oportunidad podría cerrarse. Hay quienes hablan del siglo XXI como el de "la gran prueba" (Jorge Riechmann).

LA ILIMITACIÓN SUBJETIVA COMO ORIGEN DE LA CRISIS

Asomémonos ahora de manera breve e inevitablemente fragmentaria a las raíces de esta encrucijada de crisis, raíces que se hallan en las bases del marco cultural de nuestro sistema-mundo y que podríamos condensar de forma muy simplificadora en la cuestión de la ilimitación subjetiva.

En efecto, la cosmovisión dominante en nuestra civilización, sobre la cual hemos construido este mundo *antropocénico* globalizado, se caracteriza por una visión de la realidad como algo exento de límites. El origen de esa ilimitación subjetiva es evidentemente muy complejo, y sobre el mismo podríamos encontrar distintas teorías desde diferentes perspectivas, que calendarizan además de forma diferente los factores originantes de este paradigma civilizatorio. En todo caso, debe quedar claro que el elemento común en estas diferentes posturas explicativas, que operan como lentes interpretativas (incompletas, insuficientes, fallibles, contingentes) de la propia realidad humana, es el de la construcción mental por parte del ser humano occidental de una realidad (interpretativa de *lo real*, del mundo real) en el cual éste carece de límites y que le conducen a una expansión ilimitada. Esto conduce inevitablemente a que ese ser humano se conduzca en su comportamiento *práxico* de manera que niegue esos límites, una negación que supone en último término conductas que, impugnando la existencia de *otros* (espirituales, humanos, vivos, inertes...da igual), pasa por encima de ellos. Por otro lado, la negación fáctica de los límites en la conducta humana puede ocasionar también situaciones insostenibles que



La cosmovisión dominante en nuestra civilización se caracteriza por una visión de la realidad como algo exento de límites



avalen la constatación de esas conductas como suicidas.

Insistiendo nuevamente en la complejidad de esta cuestión, abordaremos de manera propositiva cuatro elementos de diferentes caracteres y sustancias que, a nuestro juicio, nos han conducido a esta posibilidad de hundimiento civilizatorio, elementos que giran en torno a algunos de las dimensiones y momentos clave de la Modernidad: el nominalismo como relativización de la realidad, el endiosamiento del ser humano (sustitución vs. secularización), la colonialidad moderna como encuentro y negación del otro diferente y, por último, la Revolución industrial como culmen del hombre-dios en su ilimitación. Es importante constatar, por otro lado, que esos diversos factores (la lista es abierta y discuti-

ble) se encuentran interconectados e interrelacionados en múltiples relaciones de causa-efecto.

EL NOMINALISMO COMO RELATIVIZACIÓN DE LA REALIDAD

Son muchas las corrientes que afirman que nuestra cultura europea tiene sus raíces en la Modernidad. Ahora bien, según algunas interpretaciones, las bases remotas de la Modernidad se hallan en una visión de la realidad con unos presupuestos epistemológicos muy definidos: el nominalismo *ockhamista*. Al respecto, es interesante advertir que el nominalismo puede ser una fuente remota y de carácter teórico-cultural de la ilimitación subjetiva como causa condensada de la propia crisis civilizatoria actual.

La visión erigida sobre el planteamiento nominalista (siglo XIII) se sustentaba originalmente en la afirmación eclesial de la existencia de unos claros límites del conocimiento humano, aserto que se defendía interesadamente respecto al posible conocimiento humano de Dios y en orden a evitar las herejías o desviaciones dogmáticas del momento². A partir de ese argumento se renegaría de todo conocimiento especulativo o revelado, lo que curiosamente provocaría que se entendiese que la única forma de conocimiento posible sería aquella que estaba teniendo éxito en la praxis humana del momento. Esto acabaría conduciendo de forma paradójica a la primacía de la racionalidad formal, propia de las ciencias matematizables y el método científico moderno (Sepúlveda del Río, 2017). Es de esta forma como habría desaparecido la posibilidad de conocer toda verdad última que diese sustento a una determinada concepción de la realidad. Conforme a esta percepción, por tanto, sería esta deriva la que acabaría conduciendo a la extralimitación humana por la vía de la relativización de los referentes verdad y de bondad en la cosmovisión de nuestra cultura (Enríquez Sánchez, 2021, 132-143).

Esa pérdida de referentes iría trayendo como consecuencia, sobre todo en las fases más avanzadas del “tránsito a la Modernidad”, la expansión de una acción que busca unos fines independientemente de los medios. O mejor aún, una acción que obedece a un tipo de

El nominalismo puede ser una fuente remota de la ilimitación subjetiva como causa condensada de la propia crisis civilizatoria actual

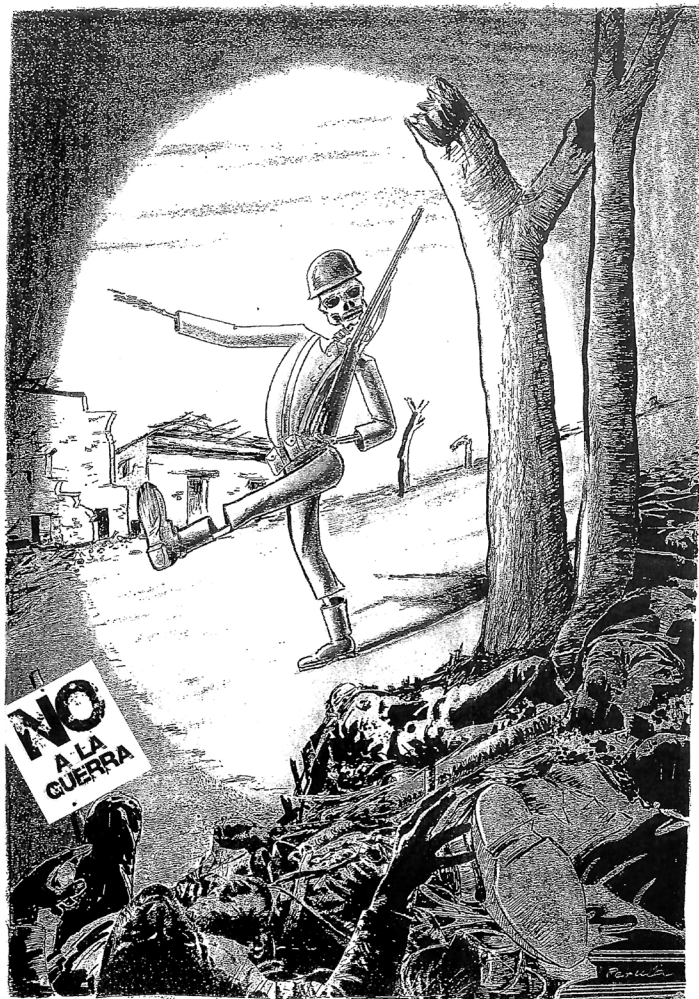
racionalidad que busca sólo unos fines concretos determinados sin reflexionar sobre el sentido de éstos (Sepúlveda del Río, 2017). Lo único importante sería alcanzar esos fines a través de un procedimiento, pero no es posible reflexionar sobre dichos fines porque ha desaparecido toda referencia y, con la primacía de lo formal y lo abstracto, al no importar el contenido, el único fundamento es el consenso. Estaríamos hablando de lo que, muchos siglos después, Horkheimer, Adorno y otros autores de la Escuela de Frankfurt denominarán *racionalidad instrumental* (Horkheimer, 2002).

Podríamos incluso situar un epígono del nominalismo en la visión posmoderna (Ferraris, 2012).

EL ENDIOSAMIENTO DEL SER HUMANO (SUSTITUCIÓN VS. SECULARIZACIÓN)

El segundo elemento que se hallaría en el origen de la ilimitación subjetiva (como paradigma condensado que hemos propuesto en nuestro diagnóstico del colapso civilizatorio) estaría muy relacionado con el propio origen del nominalismo, aunque evidentemente sus fuentes son harto complejas.

² Véase Enríquez Sánchez, 2021, 132-143. La cuestión del nominalismo como causa de la ilimitación subjetiva moderna la hemos desarrollado de manera más amplia en Font Oporto, 2022, si bien ahora entendemos que ese tratamiento debe ser matizado y complementado.



Existe un generalizado consenso sobre la existencia de un progresivo proceso de secularización (y desencantamiento del mundo, como dice Max Weber) que marca el paso del medievo a la Modernidad y que suele considerarse como la pérdida de centralidad de Dios (y, en general, de todo lo trascendente, no sólo en términos teológicos o espirituales, sino también metafísicos) en la sociedad y la reflexión europeas. Ahora bien, sin negar este análisis, creemos que debe ser revisado en cuanto a algunas de sus características, pues más que de un au-

téntico proceso de *secularización* tal vez podríamos hablar de una *sustitución*. En efecto, la secularización debería haber comportado la desaparición de un pensamiento religioso, o incluso mágico-religioso, que sin embargo sigue operando de manera muy clara en Occidente, por ejemplo, en el seno de las ideologías modernas y sus correspondientes utopías (paraísos terrenales, pero paraísos) (Hinkelammert, 2002). Pero además la Modernidad opera con una serie de conceptos límite que comportan un pensamiento mágico-religioso incuestionado y que se da por supuesto, como por ejemplo la idea del avance lineal y unidireccional de la Historia, el progreso indefinido de la Humanidad, el crecimiento permanente y exponencial, el desarrollo tecnológico ilimitado o el descubrimiento de piedras filosofales como es el caso de la búsqueda de energías perfectas (ilimitadas, limpias, sin efectos colaterales...religiosas, en definitiva).

Por esto, me parece más procedente hablar de una sustitución que de una secularización. Hemos mantenido una estructura de creencias en las que el Dios judeocristiano ha sido sustituido por un nuevo y más subrepticio dios: el ser humano (preferentemente, y como veremos a continuación, europeo, blanco, varón, de clase alta, adulto, heterosexual, etc.). Pero ser humano, a fin de cuentas. Este endiosamiento de un ser humano ilimitado en su pensar y en su obrar, y por tanto en su transformación de la realidad (externa cuando conviene [para utilizarla instrumentalmente], mental cuando es menester [si es preciso negarla o reconfigurarla en nuestra cosmovisión]) entronca, precisamente, con el nominalismo. En efecto, la capacidad humana de construcción de la

realidad a partir de la desaparición de referencias externas que puedan limitar la maleabilidad absoluta de la realidad (construida) en la mente del constructor (el ser humano occidental) permite la generación de un ser que puede extralimitarse y proyectarse en el espacio y el tiempo de manera colonial, porque no reconoce límites. Y su obra por excelencia, la tecnología, le permite precisamente eliminar esos y otros límites (que se convierten, por tanto, en movibles y transitorios: no-límites, en definitiva).

LA COLONIALIDAD MODERNA COMO ENCUENTRO Y NEGACIÓN DEL OTRO DIFERENTE

Un tercer elemento (interconectado con los dos anteriores y con el posterior) es el de la conquista y colonización europea del mundo a partir del siglo XV. Al respecto resulta muy iluminadora la visión de la teoría de origen latinoamericano que adopta el llamado "enfoque decolonial", que ha desarrollado el concepto de *Modernidad colonial*.

Siguiendo a Dussel (Dussel, 1994), cabría afirmar que la llegada de los europeos a América supuso un encuentro de características completamente inéditas para los europeos incipientemente modernos: el descubrimiento de la existencia de un *otro* muy *diferente*. En ese sentido, esas características fuertemente distintas aparecían, sin embargo, unidas a la constatación espontánea de que eran seres humanos (alter egos). Sin embargo, pesaron mucho los intereses crematísticos y políticos de sujetos que ya estaban embarcados en la ilimitación subjetiva (esto es, en el surgimiento de un ser ilimitado y constructor de

una realidad ilimitada negadora de los límites de *lo real*, es decir, de lo *fáctica-mente existente*). Esto condujo a este sujeto ya expansivamente ilimitado en su autopercepción de la realidad como constructo y, por tanto, de *lo real*, a negar a ese *otro diferente*, a rechazar su alteridad que suponía una barrera a su ego ilimitadamente expansivo, así como a lo que entendía como debido a ese ego que se autoatribuía un desarrollo humano en una escala superior³. Por eso Dussel habla de un "*ego conquiro*" que reflejaría la cara oculta (aunque inescindible de él) del "*ego cogito*" moderno.

³ Ramón Grosfoguel considera -siguiendo a Dussel- que la expansión y conquista ibérica en las Indias occidentales (y, a partir de ese momento, la transformación del colonialismo que se venía practicando respecto al África negra) tendría unas características de naturaleza completamente distinta a colonialismos anteriores (Grosfoguel, 2013, 43 y ss.). Hasta ese momento las diferencias con los pueblos conocidos habrían girado sobre el eje de las diferencias religiosas, que, si bien comportaban el rechazo al error en términos teológicos, no impedían el reconocimiento de la humanidad de los paganos o herejes. Sin embargo, el descubrimiento de estos pueblos desconocidos como eran los indígenas americanos supuso que se les cuestionase -y en muchos casos se les negase- a los amerindios su propia humanidad (cuestión que abriría un amplio debate académico que, en cierto sentido, culminaría con la discusión entre Sepúlveda y Las Casas). Dicha negación de la humanidad del *otro* diferente no habría tenido parangón en la historia humana, y por tanto habría supuesto una ruptura en lo que habría sido el concepto y la realidad colonial. A su vez, esa negación habría iniciado el racismo como fenómeno intrínsecamente moderno que se habría aplicado, como efecto rebote, respecto a pueblos a los que antes sólo habría existido un desacuerdo religioso (caso, en la Península ibérica, de los moriscos o los judíos).

De este modo, la ilimitación subjetiva del yo Moderno europeo habría llevado inevitablemente a la negación del otro (incluso en su condición humana y su propia dignidad), y, por tanto, más que de un *descubrimiento* hablaríamos de un *encubrimiento* (Dussel, 1994) que sería el resultado último de la proyección expansiva del sujeto occidental moderno y de su matriz cultural (como única e ilimitadamente válida) en el espacio y en el tiempo. En definitiva, esta sería la raíz

de las tres dimensiones de la colonialidad moderna: la del saber, la del poder y la del ser.

**LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL
COMO CULMEN DEL
HOMBRE-DIOS EN SU
ILIMITACIÓN TECNOLÓGICA
Y DE BIENESTAR
(PRETENDIDAMENTE)
UNIVERSALIZABLE (Y SUS
BASES FÁCTICAS LIMITADAS)**

En paralelo a la Ilustración, que supone en el ámbito intelectual el encumbramiento de la razón occidental moderna, que se proyecta colonialmente en el espacio y el tiempo, y que se arroga una ilimitación expansiva, surge la plasmación material que esas ideas tienen en el campo socioeconómico y técnico-cultural: la Revolución industrial.

El último factor que (de manera fragmentaria, y asumiendo nuestra propia limitación humana, y no sólo individual) proponemos sería el proceso de la Revolución industrial y, sobre todo, la civilización que esta ha construido. Una civilización que, aunando los aspectos de subjetividad ilimitada anteriores, lo ha afianzado, profundizando en ellos. En efecto, la *tecnolatría* y la implantación de un poder humano expansivo negador de otras realidades diferentes (lo *otro* y los *otros*), especialmente las más vulnerables.

Esta *tecnocratización* (*tecno* y *cratos*) de la sociedad, implementada de manera fáctica, ha colonizado también el imaginario colectivo y se ha reforzado mediante el despliegue de los frutos que pretenden ser universalizables, cuando



de facto ni lo son ni pueden serlo. En primer lugar, porque se topa con los límites biofísicos (minerales, energéticos). Y, en segundo lugar, porque ese bienestar de una minoría no es extrapolable porque precisamente se sustenta en una colonialidad extractivista y una explotación de grandes masas populares.

Por último, debemos también tener presente que toda esta transformación de los procesos de extracción, fabricación, transporte, distribución y consumo ha sido posible gracias a un factor circunstancial que está empezando también a tocar sus propios límites, como todo lo que existe en el ámbito de lo real. En efecto, es importante advertir que este progreso y bienestar del que disfruta una minoría ha sido posibilitado en gran medida por redescubrimiento y nuevo uso de los combustibles fósiles asociado a la sociedad industrial. El ocaso de la disponibilidad de estos recursos a bajo precio nos encamina a una constatación fáctica de los límites que puede ser muy dolorosa, especialmente para aquellos que ya la sufren en su día a día.

CONCLUSIONES. ¿UN MUNDO SIN LÍMITES? MODERNIDAD Y SISTEMA-MUNDO GLOBALIZADO

Todo lo anterior nos lleva a apuntar como causa última de nuestra crisis civilizatoria -como ya hemos adelantado- que la construcción mental de la realidad deriva en un modelado subjetivo carente de límites, tanto en sí mismo, como en los propios objetos que fabrica. De este modo, lo epistemológicamente ilimitado se convierte en lo ontológicamente ilimitado. Y supone

una determinada construcción de un concreto sistema-mundo (el comandado por la civilización occidental) que está predispuesto, por definición, a aceptar la inexistencia de la idea de límite y, por tanto, a su ausencia en *la realidad* (y, por ende, en *lo real*). El sistema-mundo de hoy está edificado sobre esa (falsa) premisa.

Esta visión epistemológica originada en el imaginario de la Modernidad occidental se vio pronto reforzada por una serie de circunstancias que culminaron con la construcción de una Modernidad sin límites que será el germen de un sistema-mundo globalizado que rebasa la consideración, por tanto, de un mundo-isla (limitado en sus confines) para entender el planeta como un mundo-océano infinito (véase Almenar, 2012). La realidad deja de estar limitada, y se parece más bien a un océano de islas, a un universo de galaxias habitables, a una frontera en movimiento... Desaparece -por tanto- de esta forma, la concepción de la realidad como soporte vital del sujeto, de los límites de *lo real* (oculta tras el artificial constructo de *la realidad*), de los topes de los propios recursos biofísicos en la realidad-real limitada ⁴. Es posible, por tanto, seguir siempre expandiéndose, colonizando más allá. Cuando los recursos de un

⁴ Bruno Latour (Latour, 2019) habla de que vamos a un conflicto irremediable entre *terrestres* (los que siguen asentados en la realidad -entendida como lo real, no como un constructo artificioso-) contra modernos (aquellos que sienten que no pertenecen a la realidad e intentan escapar de la misma). Esta idea del sueño de una evasión a otros planetas -muy presente en la obra citada- aparece también en numerosas obras de Jorge Riechmann, sobre todo en Riechmann, 2004.

territorio se agotan, basta con desplazarse en busca de más hacia otro lado. No es necesario cambiar nuestra forma de concebir la realidad, no es necesario ajustarse a la misma y sus límites... Pero cuando el *allí* desaparece, cuando no es posible seguir desplazándose ni buscar recursos "*más allá*", el decorado cae, la construcción subjetiva se desvanece y la realidad nos golpea en el rostro con todas sus fuerzas.

Sólo cabe empezar a preparar una civilización alternativa que, evitando el desperdicio de la experiencia, recoja lo mejor de nuestras tradiciones propias y, sobre todo, el de otras que asumen un ajuste (Ellacuría) a los límites de lo real y que hemos despreciado, negado y colonizado (como las epistemologías del Sur). Empecemos a construir ya, antes de que caiga todo, y minimicemos el sufrimiento de las víctimas más probables.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMENAR, R. (2012), *El fin de la expansión: del mundo-océano sin límites al mundo-isla*, Barcelona: Icaria.
- DUSSEL, E. (1994), *1492, El encubrimiento del otro (Hacia el origen del mito de la modernidad)*, La Paz: UMSA y Plural Editores.
- ENRÍQUEZ SÁNCHEZ, J. M. (2021), *Los límites del mundo. Una crítica del imaginario social desarrollista y sus alternativas*. Madrid: Dykinson.
- FERRARIS, M. (2012), *Manifiesto del nuevo realismo*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- FONT OPORTO, P. (2022). *La batalla por el colapso. Crisis ecosocial y élites contra el pueblo*. Granada: Comares.
- GROSFOGUEL, R. (2013), «Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentales y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI», *Tabula Rasa* 19, 31-58.
- HINKELAMMERT, F. J. (2002), *Crítica de la razón utópica*, Bilbao: Desclée de Brouwer.
- HORKHEIMER, M. (2002), *Crítica de la razón instrumental*, Madrid: Trotta.
- LATOUR, B. (2019), *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Madrid: Taurus.
- MATEOS MARTÍN, Ó. (2021), *El shock pandémico. Sustrato, aprendizajes y horizontes de una crisis global*, Barcelona: Cristianisme i Justícia.
- RIECHMANN, J. (2004), *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- RIECHMANN, J., y CARPINTERO REDONDO, Ó. (2014), «¿Cómo pensar las transiciones poscapitalistas?», en RIECHMANN, J.; CARPINTERO REDONDO, Ó., y MATARÁN RUIZ, A. (eds.), *Los inciertos pasos desde aquí hasta allá: alternativas socioecológicas y transiciones postcapitalistas* (pp. 29-124), Granada: Universidad de Granada.
- SEPÚLVEDA DEL RÍO, I. (2017), «La constitución del sujeto moderno: desde el desencantamiento a la búsqueda de felicidad», en SEPÚLVEDA DEL RÍO, I. (ed.), *Humanismo y Ética básica* (pp. 43-64), Bilbao: Desclée de Brouwer.
- WALLERSTEIN, I. (2005), *Análisis del sistema-mundo: Una introducción*, Madrid-Buenos Aires-México: Siglo XXI Editores. ■

Juan Manuel Vera

Economista, miembro del consejo editorial de *Trasversales*

Democracia, oligarquía y praxis instituyente en el mundo neoliberal

LAS últimas décadas han constituido, en perspectiva histórica, una etapa vertiginosa. Tras el final de la Guerra Fría hemos vivido la aceleración del proyecto del capitalismo neoliberal y, casi inmediatamente, se ha hecho visible la incapacidad socialmente constructiva del dominio de las élites *liberistas*.

Vivimos una crisis, pero el propio término se envuelve en las brumas de una polisemia que induce a la confusión. ¿Crisis social y política, crisis del capitalismo, crisis de la civilización? El hecho de que la discusión sobre la sostenibilidad se sitúe en el primer plano, ante las evidencias de que las consecuencias ecológicas y sociales del cambio climático no son una posibilidad lejana en el tiempo sino un riesgo real para las ac-

tuales y próximas generaciones, introduce en el debate algunas cuestiones esenciales sobre la perdurabilidad técnica, humana, ecológica y social del actual sistema-mundo.

El capitalismo es el rey, pero, como en el cuento tradicional, el rey está desnudo. El imaginario aberrante de una expansión económica sin límites pone al planeta entero al servicio de ese crecimiento sin fin y sin finalidad. Los indicadores cuantitativos aumentan incesantemente hasta que se desencadena una crisis económica y financiera tan devastadora como la de 2008, mientras el medio ambiente, la individualidad, la cultura, la sociedad, el propio ser humano, solo son instrumentos, factores subalternos, cuando no una mera mercancía más de ese viaje hacia ninguna parte.

El imaginario aberrante de una expansión económica sin límites pone al planeta entero al servicio de ese crecimiento sin fin y sin finalidad

La época actual se caracteriza también por la desaparición del mito del progreso, entendido como la creencia generalizada en una mejora continuada de las condiciones de existencia material de los individuos y sus familias, de los grupos sociales y de las naciones. La sociedad neoliberal ha hecho desaparecer en apenas una generación el proyecto vital de *un trabajo para toda la vida*.

La ofensiva ultraliberal desencadenada a partir de los años ochenta del pasado siglo implicó un sistemático proyecto socialmente reaccionario, cuyos efectos prácticos han socavado, en Europa y en el resto del mundo, algunos de los aspectos más importantes de la ciudadanía. El *nuevo espíritu del capitalismo* ha vinculado su reorganización y expansión con la degradación de la situación social de la mayoría de la población.

El neoliberalismo ha destruido gran parte de la legitimidad del viejo sistema sin aportar una legitimación alternativa. El capitalismo neoliberal aparece como desregulado y desregulador, pero en realidad es un regulador de nuevo tipo, mercantilizador en beneficio de grupos privilegiados. El desmantelamiento parcial del Estado social le ha permitido agravar algunas de las peores tendencias presentes en el sistema mundial. Su más directa consecuencia es un crecimiento atroz de la desigualdad.

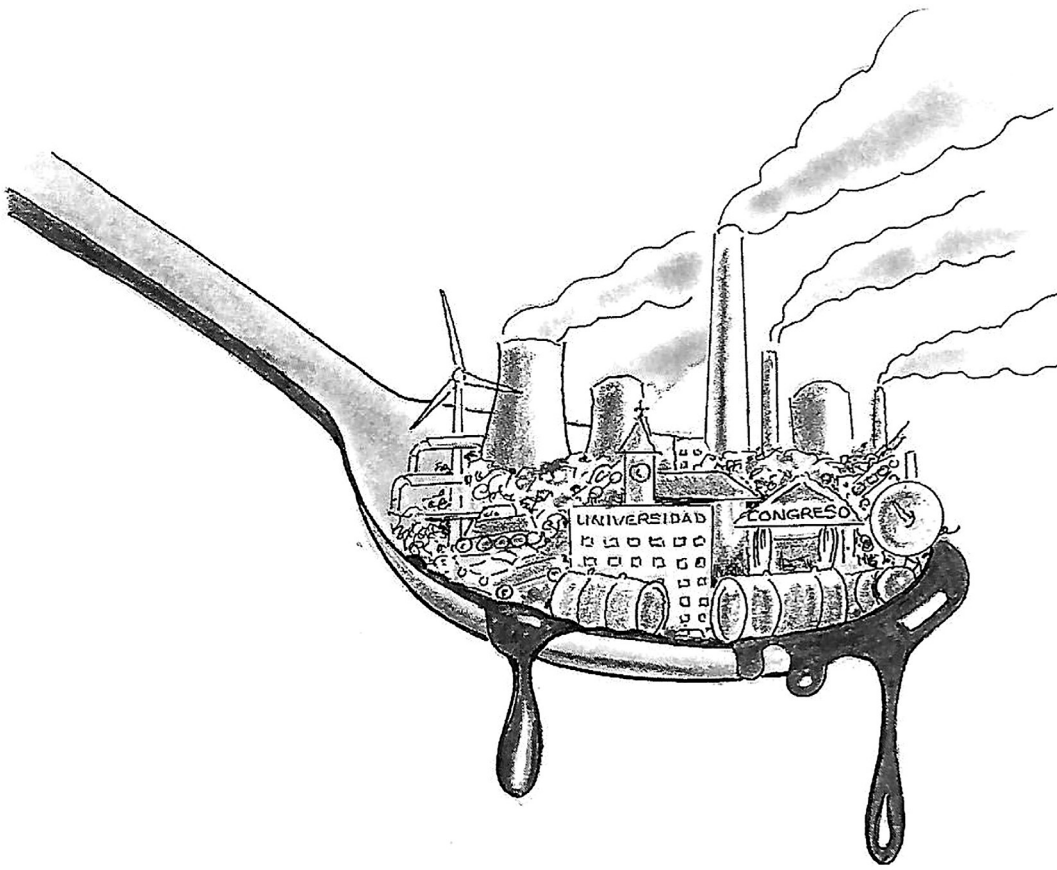
La desigualdad social es la enfermedad crónica del siglo XXI. Afecta a todo el sistema, tanto a los países pobres como a las nuevas potencias económicas, e incluso a los países con estructuras más democratizadas y mayor cohesión. Se expresa en la concentración brutal de la riqueza, simbolizada en el hecho de que el 1% más rico de la población mundial acumule más de la mitad de la riqueza global, es decir algo más que el 99% restante de las personas del planeta.

En resumen, el actual neoliberalismo ha desplegado las peores posibilidades del capitalismo sin control: remercantilización de bienes públicos y comunes, mayor desigualdad social, expropiación de los recursos y carencia de valores humanos. En paralelo al aumento de la desigualdad, la concentración del poder económico ha alejado cada vez más al capitalismo de la libre competencia, degradando el mercado propiamente dicho en favor de conglomerados oligopolísticos, sean comerciales, financieros, energéticos o tecnológicos, que utilizan los recursos económicos en su beneficio a costa del resto de la sociedad.

El peligro inmediato no es únicamente el de crisis económicas tan explosivas como la fase de expansión que las precede, es también la degradación de los modelos políticos democrático-electorales y el auge de proyectos reaccionarios de derecha populista.

DEGRADACIÓN DE LA CIUDADANÍA SOCIAL, CRISIS DE LAS INSTITUCIONES

El poder político y social no está determinado por ciegas fuerzas anónimas. Los caminos del mundo globalizado



L. Peralta

están condicionados por oligarquías políticas y económicas profundamente entrelazadas que pugnan por poner las instituciones al servicio de sus planes de *regulación desregulatoria* y de acumulación por desposesión.

La oligarquización de la política forma parte de las causas fundamentales de la actual crisis profunda de las instituciones democráticas, impotentes ante el agravamiento de los problemas de la sociedad. Unas instituciones cada vez más alejadas de los intereses y necesidades de la gente han acentuado su degradación. Son las condiciones para que aparecieran los liderazgos populistas de derecha, xenófobos, ultranacionalistas, y *liberistas* extremos. Trump, Bolsonaro

o Putin han sido algunos de los rostros de esa evolución a nivel mundial. La oligarquización neoliberal ha fomentado el desarrollo de todas estas fuerzas reaccionarias.

El deterioro de la ciudadanía social ha facilitado a las élites reforzar su influencia sobre la agenda de los gobiernos. Esa posición reforzada ha sido utilizada, además, para obstruir el desarrollo de las instituciones supranacionales imprescindibles para intentar someter a control el nuevo impulso tecno-económico.

La política institucional de nuestro tiempo fomenta la apatía de los ciudadanos, que adquiere algunos de los aspectos propios de lo que Castoriadis llamó un *ascenso de la insignificancia* y un confor-

*mismo generalizado. El propio Castoriadis situaba históricamente, en uno de sus seminarios, la etapa final del siglo veinte en los siguientes términos: "No asistimos actualmente a una fase de creación histórica, de fuerte institución. En el mejor de los casos, es una fase de repetición, en el peor -y mucho más probablemente- es un período de destrucción histórica, de destitución... Entendemos por destitución el movimiento del imaginario social que se retira de las instituciones y de las significaciones imaginarias sociales existentes, al menos en parte, y las desinvieste, las destituye, quitándoles lo esencial de su validez histórica o de su legitimidad, sin por ello proceder a la creación de otras instituciones que tomarían su lugar o de otras significaciones imaginarias sociales"*¹. Conviene tener muy presente ese concepto de *destitución* como la hipótesis de una posibilidad latente, la incapacidad persistente de superar el actual estado de cosas.

El peligro es evidente: una reconversión de las actuales instituciones electorales en artilugios de una democracia simulada, donde una oligarquía, cada vez más autoritaria y con la capacidad de controlar los medios de comunicación y de manipular las redes sociales, impidiera la formación de una opinión libre y fomentara la pasividad, el individualismo, el desinterés y la desorganización de la ciudadanía.

¿Es posible revertir esa situación?

CONTRA LAS OLIGARQUÍAS

Debemos ser conscientes de los rasgos más negativos de nuestras democracias

electorales, especialmente de la facilidad con que los grupos oligárquicos consiguen el control y la determinación de las agendas públicas. En esas condiciones la participación ciudadana se limita al mero ejercicio periódico de un voto electoral.

La necesidad de una transformación de los actuales regímenes occidentales no es una discusión sobre si los procedimientos electorales deben ser más proporcionales o mayoritarios, o sobre las virtudes y vicios del presidencialismo respecto al parlamentarismo. La cuestión decisiva es otra: la necesidad de una nueva relación entre los ciudadanos y las instituciones, así como de evitar que los poderes económicos contaminen y lleguen a dominar las decisiones políticas.

Ningún procedimiento político es intrínsecamente emancipatorio. Los dispositivos deseables son aquellos capaces de responder a los elementos de degradación y corrupción que, siempre en beneficio de las minorías dominantes,

**Defender la
democracia exige una
profundización en todos
sus ámbitos: locales,
regionales, nacionales y
supranacionales**

¹ CASTORIADIS, C., *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*, Buenos Aires, FCE, 2004, p.16.

aparecen en todos los sistemas de organización política.

Esta reflexión exige superar la obsoleta distinción entre democracia formal y democracia real. La libertad y la igualdad no se contraponen, frente a lo que sostiene gran parte de la tradición liberal contemporánea y la izquierda autoritaria. Igualdad y libertad se realimentan. En la perspectiva de André Léo, de Albert Camus, de George Orwell o de Cornelius Castoriadis, la libertad y la igualdad son fuentes comunes e indisolubles del proyecto democrático.

La posibilidad de dominación por las élites y las oligarquías es un problema que acompañó siempre al desarrollo de la democracia desde la Antigua Grecia. La compleja arquitectura política que diseñaron los demócratas griegos se debía a que temían la capacidad de las oligarquías de manipular en su favor las instituciones democráticas. Por ello se dotaron de un conjunto de instituciones elegidas por sorteo para evitar las tendencias aristocráticas de las asambleas.

La construcción y la evolución de las democracias liberales no ha sido capaz

de establecer un conjunto de dispositivos antioligárquicos suficientemente eficaces.

El riesgo que en el siglo XXI corren las democracias es muy grande. Cada vez están más sometidas al peso determinante de las oligarquías políticas, sociales y económicas en los lugares donde se toman las decisiones. Debería servirnos de aviso la trágica experiencia de los años treinta con el derrumbe de las democracias continentales europeas, sometidas a la impotencia de sus instituciones y constituciones frente a los fascismos y al giro autoritario de las oligarquías económicas.

El imaginario democrático solo es activo cuando se desarrolla. Defender la democracia exige una profundización en todos sus ámbitos: locales, regionales, nacionales y supranacionales. Significa avanzar en un sentido que llamo democrático-libertario que, tal y como lo entiendo, supone introducir en la actual democracia electoral contrapesos perdidos de la democracia representativa y, sobre todo, asignar protagonismo a nuevas formas de participación





directa y al uso de mecanismos antioigárquicos.

Me parece que la posibilidad de una radicalización y regeneración democrática pasa por cuatro ejes fundamentales:

1º) Introducción de dispositivos antioigárquicos. Para ello la antigua democracia griega sigue siendo una fuente de inspiración, no tanto en los meca-

nismos concretos, aunque el uso del sorteo puede cumplir una función en ciertos procedimientos, como en el objetivo esencial que se plantearon de limitar y restringir el poder de las élites.

2º) Activación de la participación directa de la ciudadanía. Los mecanismos posibles son múltiples, desde la creación de órganos deliberativos preparatorios elegidos por sorteo a formas de democracia directa virtual sobre determinadas decisiones en algunos ámbitos. Significaría una transformación sustantiva al limitar la endogamia de las élites burocráticas, impidiendo adoptar decisiones de gran importancia sin un debate y voto ciudadano. Sobre todo, podría ser un modelo capaz de impulsar una ciudadanía responsable, informada y activa.

3º) Desarrollo de las perspectivas de autogestión social. La vieja cuestión de la democracia industrial y de la autogestión puede resucitar bajo nuevas formas. Ahora que muchas organizaciones pueden ser y entenderse como redes la cuestión de la distribución del poder en su seno debe resurgir. La extensión de los valores de libertad e igualdad al seno de las organizaciones económicas y sociales es una tarea pendiente del proceso de democratización. Nuestra sociedad es un magma de organizaciones (empresas, asociaciones, estructuras conectadas, etc.) y en cada una de ellas se presenta el problema del poder. Reducir la democratización a las macroinstituciones es renunciar a la humanización y mejora de las instituciones donde trabajamos y actuamos.

4º) Reconstrucción del vínculo entre democracia e igualitarismo. La demo-

cracia política solo puede ser ejercitada adecuadamente por personas que se encuentran en un estado de ciudadanía. Para ello el ciudadano político debe ser al mismo tiempo un ciudadano social. Personas más libres y menos vulnerables que tienen asegurado no solo el derecho a la educación y a la sanidad, sino también una subsistencia vital y cultural.

La izquierda política ha dejado de ser la referencia de un movimiento por la igualdad social. El igualitarismo ya no encuentra en el eje izquierda/derecha una formulación adecuada. Un movimiento igualitario solo puede construirse en nuestro tiempo a partir del desarrollo de una dimensión antioligárquica, que es su principal expresión política. El eje transversal debe ser sustituido por un eje perpendicular arriba/abajo.

El proyecto democrático e igualitario en el siglo XXI necesita unos pilares distintos de los que lo sostuvieron en el siglo XIX, cuando la fe en los efectos de la estatalización de la propiedad creció a la vez que el marxismo conseguía su hegemonía en los movimientos obreros. Las experiencias del siglo XX son fundamentales para reconceptualizar lo que se llamó socialismo sobre bases muy diferentes, donde la democratización del conjunto de relaciones sociales, la autogestión social y los dispositivos antioligárquicos se consideran esenciales para avanzar hacia una igualdad social efectiva. Para ello es imprescindible destruir definitivamente todo vínculo con cualquier forma de totalitarismo y autoritarismo.

MOVIMIENTOS SOCIALES Y PRAXIS INSTITUYENTE

La emergencia de una nueva autoinstitución solo puede ser el resultado de un movimiento social democrático alimentado tanto desde las fuerzas de la cooperación como de los conflictos permanentes entre los de abajo y los de arriba.

No hay ninguna inteligencia histórica que asegure un transcrecimiento de las luchas parciales contra la economización del mundo, por los derechos sociales y por las libertades públicas en una creación histórica. La aceptación de la contingencia tiene un efecto liberador frente a los mitos de una necesidad histórica o a la creencia en sujetos predeterminados por leyes sociales o económicas.

¿De dónde surgen las voces instituyentes que desarrollan las ideas emancipatorias en este tiempo? ¿Es posible desarrollar una *praxis* que contribuya a evitar que *los dioses* cambien una vez más de máscaras y sus agentes nos introduzcan en una nueva era de oscuridad, plenamente heterónoma? ¿O nos limitamos a esperar lo impredecible, la aparición de una nueva creación histórica de los de abajo?

El camino hacia la autonomía no es ni puede ser plenamente institucional ni

**La aceptación de la contingencia
tiene un efecto liberador
frente a los mitos y creencias
predeterminadas**

Una auténtica praxis instituyente solo puede desarrollarse aprendiendo de los movimientos sociales

completamente extrainstitucional. Los grandes movimientos emancipatorios del pasado fueron siempre híbridos y no hay ningún motivo para pensar que no vaya a ser así en el futuro. Desde esa consideración, una *política de la autonomía* aunque rechace reducir la actividad social a las actuaciones en marcos institucionalizados, tampoco puede identificarse con la mera ilusión movimientista en lo emergente fuera de lo institucionalizado. En todo caso, las acciones que se oponen a la apropiación por una oligarquía de las instituciones, los recursos materiales, la naturaleza, los conocimientos o la comunicación, expresan la base indispensable para una política de lo común.

Dado que la emergencia de un movimiento social no es predecible, la cuestión es si resulta posible una *praxis instituyente*, es decir, el desarrollo de políticas, de líneas de acción práctica, alimentadas desde un proyecto de *autonomía*. Siguiendo las aportaciones de Christian Laval y Pierre Dardot, en su libro *Común*, lo esencial es planteamos cómo vincular el ejercicio del poder instituyente, que como creación social-histórica es obra colectiva y anónima, con la *praxis*, es decir la actividad que se dirige a la autonomía: "*La política es, por*

tanto, una actividad que persigue conscientemente objetivos, mientras que la creación de nuevas significaciones escapa a la actividad consciente. La cuestión es entonces saber cómo una praxis colectiva consciente podría, si no hacer ser nuevas significaciones sociales, al menos contribuir a su emergencia"².

Estamos hablando de una praxis emancipatoria entendida como *praxis instituyente* o actividad consciente dirigida a favorecer la emergencia de una nueva institución. La *praxis* que nos interesa no se puede desarrollar sin un contenido político. Debe concebirse, desde esta perspectiva, alrededor de un objetivo central que no es otro que combatir el actual dominio de las oligarquías.

La política de la autonomía incorpora una crítica de los conceptos tradicionales de estrategia y de programa y de la distinción entre fines y medios. No se puede luchar por la autonomía con métodos heterónomos. Se trata de una *política* que no consiste en la búsqueda populista de un liderazgo o un lugar privilegiado desde el que teledirigir una revolución o una reforma política o social.

La praxis política de la autonomía supone que haya posibilidades, citando nuevamente a Castoriadis, "*de lucha por objetivos que sean realizables, que tengan sentido más o menos inmediato y a la vez puedan proyectarse y articularse con una perspectiva global y mediata*"³. Me parece una definición muy precisa

² LAVAL, C., y DARDOT, P.; *Común (Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI)*, Barcelona, Gedisa, 2015, p. 486.

³ CASTORIADIS, C.; "La crisis actual", *Zona Erógena*, nº 29, 1996.

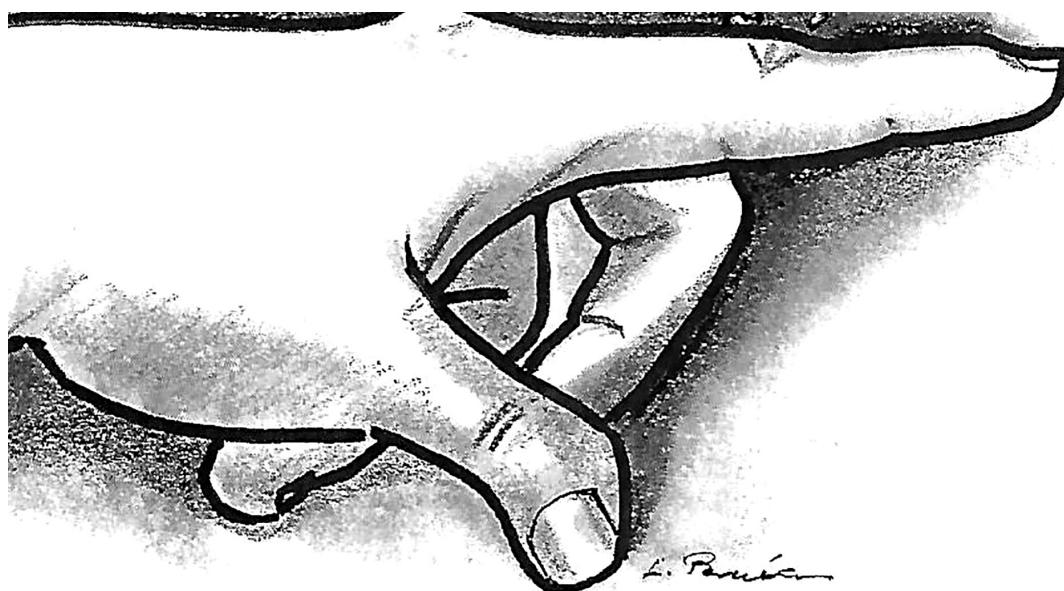
de lo que significa la dinámica de una *praxis instituyente*.

Una auténtica *praxis instituyente* solo puede desarrollarse aprendiendo de los movimientos sociales. Sus experiencias creativas son el único fundamento concreto de una *praxis instituyente* que solo es concebible como confluencia de diversas perspectivas y de los objetivos de quienes aspiran a una sociedad autónoma.

En esta perspectiva, una política de la autonomía podría entenderse como compatible con formulaciones propias de un pragmatismo radical, estableciendo y privilegiando los enganches entre las luchas del presente y el tipo de sociedad futura que se desea; lo cual, en cada momento, significa reconocer los esfuerzos sociales que impulsan la lucha por nuevos derechos y nuevas libertades (y la defensa de los existentes) e incorporan la pretensión de la participación más amplia posible de los ciudadanos y ciudadanas.

Más allá de los acontecimientos históricos imprevisibles, indeterminados e indeterminables, se encuentra lo que cada uno de nosotros podemos hacer, las prácticas cotidianas de transformación social, que se presentan bajo múltiples formas e iniciativas, desarrollando prácticas y generando nuevas imágenes y lenguajes desde cualquier rincón de cualquier lugar, en un sentido cooperativo, libertario e igualitario.

La crisis civilizatoria llama a las puertas. Nadie nos salvará. No hay salvadores. Solo desde una sociedad autoorganizada se podrá afrontar el reto. Detener el curso suicida de la dinámica capitalista solo será posible con nuevos valores y formas de vida. No se trata de teñir un poco de verde la máquina económica que está destruyendo el planeta. Del mismo modo, la creciente desigualdad social no se detendrá sin una reacción enérgica democrática desde la propia sociedad. No será una élite de expertos, sino el esfuerzo de muchos lo que puede permitir emprender un nuevo camino. ■



Manolo Monereo

Abogado, politólogo y político

La larga transición ha comenzado

QUERIDA Ana:

Me haces tantas preguntas que me dejan paralizado y en duda. Hemos perdido la visión global del mundo, sus tendencias básicas. Se puede decir que vamos de hecho en hecho, de acontecimiento en acontecimiento, cada vez más asustados. Si en medio de todo esto hay una guerra en el corazón de Europa, y además vivimos una gigantesca manipulación comunicacional-cognitiva, tenemos motivos para alarmarnos seriamente.

La historia avanza a saltos, la normalidad y la excepción se relacionan en el espacio y en el tiempo. Lo que antes nos parecían verdades cotidianas, hoy entran en un periodo de cuestionamiento. El presente ya no es lo que era y el futuro tampoco. La pandemia nos ha he-

cho interiorizar nuestras fragilidades, lo mucho que dependemos unos de otros y que todos y todas necesitamos ayuda. Nuestra autonomía es siempre provisional y las crisis nos muestran que no hay personas al margen o fuera de la sociedad sabiendo -es bueno recordarlo- que esta es profundamente desigual y en la que el poder está en manos de los grandes grupos financieros y empresariales regidos por una ley de hierro basada en el beneficio. Su ética consiste en convertir vicios privados en virtudes públicas a través del omnisciente y omnipresente mercado capitalista.

Es bueno hablar de la pandemia. Nuestra debilidad, nuestra fragilidad puede ser un motor del cambio hacia una sociedad más justa e igualitaria o el inicio de un nuevo proceso de opresión, con-

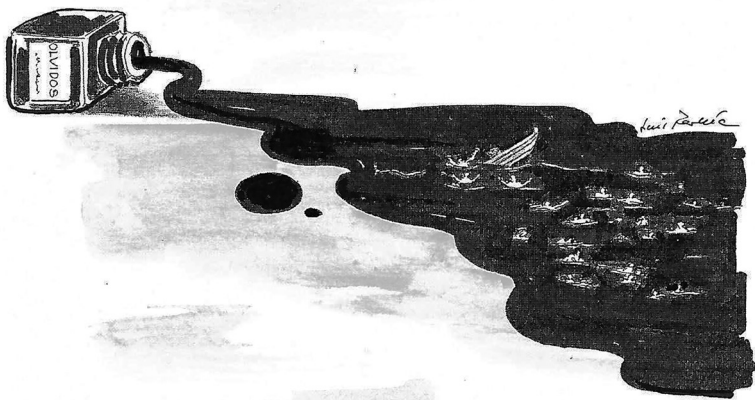


trol y sobreexplotación. Lo que se llama el *gran reser* no es otra cosa que el nombre que se le pone a una contrarrevolución preventiva que intenta, una vez más, usar las nuevas tecnologías como instrumento de dominación. Los que mandan han aprendido mucho, sus técnicas han penetrado en nuestra conciencia, donde se elaboran los sueños, se crea el sentido común, se organiza el pensamiento crítico y, sobre todo, se fundamentan las rebeldías justicieras. Saben cómo somos cada vez más, nos conocen con mucha precisión y manipulan demandas, necesidades, aspiraciones y esperanzas.

Pensar es muy importante, pero exige silencio, esfuerzo, discusión serena, un ambiente propicio al debate de ideas. La clave es la de siempre: no aceptar lo dado como evidente y cuestionar las informaciones, los valores y las ideologías que transmiten unos medios de comu-

nicación cada vez más controlados por el poder, por los poderes económicos, tecnológicos, políticos y comunicacionales-cognitivos. Un dato del que partir es que las crisis desvelan la realidad que la normalidad oculta. Las relaciones de fuerza, los discursos de los grandes grupos financieros, la prepotencia de la patronal, aparecen tal como son realmente. Nos lo dicen abiertamente, tenemos que vivir peor, los salarios tienen que ir por detrás de la inflación, la guerra en Ucrania nos obliga a sacrificios y, de nuevo, nuestras pensiones, nuestros derechos conquistados están en peligro.

Como en otras épocas de nuestra historia, el miedo se empieza a convertir en una segunda piel. No nos deja pensar, no nos deja organizarnos ni luchar. Buscamos soluciones que den seguridad, que ordenen nuestro mundo y que, es una ilusión, generen un poco de futuro. Muchas veces pasamos de la izquierda



a la derecha y circulamos muy cerca del poder. Votar al poder y a los que mandan está en nuestro imaginario. Durante años fuimos súbditos; la política era estar callados y pensar para adentro conviviendo con la delación, la injusticia y hasta con el crimen. Estas cosas dejan huella. Sabemos que se transmiten de generación en generación. Votar al poder es elegir a los que mandan y no se presentan a las elecciones, convertir el miedo en elección libre y democrática, Vox mediante.

Sí, querida Ana, el mundo está cambiando aceleradamente. Los de mi edad veremos solo un resplandor, un prólogo; tú lo verás en versión completa para bien o para mal. Organizar la esperanza siempre ha sido una tarea colectiva que exige compromiso, coraje moral y lucha social. ¿Qué está pasando delante de nuestros ojos?

- El fracaso de ese constructo que se llamó la globalización neoliberal. Era -y sigue siendo- el gran proyecto de la *pax norteamericana*. Los EEUU se convirtieron en la "híper potencia", derrotaron al "imperio

del mal" y no tenían alternativa. Se pusieron manos a la obra para construir un mundo a su imagen y semejanza; los ganadores siempre se han creído con el derecho a explotar su victoria. Unas veces lo hicieron por las buenas; otras -casi siempre- por las malas; sus enemigos se convirtieron en enemigos de todos y fueron combatidos ferrozmente: Yugoslavia, Afganistán, Irak, Libia... Su objetivo estratégico era claro: impedir el surgimiento de una potencia o conjunto de potencias que pudieran cuestionar el dominio y el control de EEUU en el mundo.

- La crisis ecológico-social del planeta. Se habla tan vanamente de los problemas medioambientales, se comercia tanto con ellos y se abusa sin medida y consideración sobre supuestas e inocuas soluciones que corremos el peligro de no tomárnosla en serio. Que los equilibrios básicos que reproducen la vida en nuestro planeta se están modificando dramáticamente lo viene diciendo la comunidad científica desde hace muchos años. Crisis climática, de recursos, energética se anudan en un planeta finito que empiezan a descontar futuro. ¿Dónde está lo nuevo? En el engarce dramático entre cambios geopolíticos, escasez de recursos y conflictos político-militares generalizados.
- La gran transición geopolítica. A pesar de todos los esfuerzos de los EEUU y de la OTAN, el mundo avanza, los pueblos siguen aspirando a su soberanía, al control de sus recursos, reclamando en todas par-

tes bienestar social, justicia y una democracia sustancial. Ha ocurrido muchas veces en la historia. Los imperios, de una manera u otra, acaban generando sus alternativas. China, en apenas dos siglos, ha salido -a través de un proceso difícil y muy duro- del dominio de Occidente y vuelve a una historia de la que nunca se fue del todo. Con ella llegan India, Indonesia, Paquistán, Indochina. África y América Latina no quieren seguir siendo objeto de la historia y pretenden ser protagonistas determinantes de la misma. Esto no lo para nadie; insisto, nadie; o quizás sí, pero sería el final de la especie humana sobre el planeta. La tijera se cierra entre el infierno climático o el invierno nuclear.

- El largo declive de Occidente. Decía un viejo maestro, Aníbal Quijano, que el llamado descubrimiento de América significó el nacimiento de tres capítulos esenciales de nuestra vida: la modernidad, el capitalismo y el racismo. El dominio euroamericano se desplegó en un mundo que se fue convirtiendo cada vez más en ancho y ajeno. Las banderas del libre comercio llegaron a todas partes precedidas de los cañones de los grandes buques holandeses, británicos, franceses y norteamericanos. Ellos convirtieron a Occidente en el mundo e impusieron a sangre y a fuego su cultura, sus valores, su religión. Siempre el racismo como clasificación social dominante y, en medio, un proceso sistemático de aculturación social que nunca consiguió matar del todo identidades, lenguas, imaginario y tradiciones.

Querida Ana, como verás, se trata de una transición de época histórica de dimensiones inéditas. Se podría hablar de transición civilizatoria. ¿Dónde está el problema? Antes lo he insinuado, en la guerra. En la literatura académica se habla de la “Trampa de Tucídides”. El conocido historiador griego dio cuenta de las guerras del Peloponeso que tenían como fundamento la rivalidad existencial entre una potencia dominante (Esparta) y una potencia emergente (Athenas). ¿Dónde está la trampa? Consiste en elucidar si esta rivalidad conduce o no necesariamente a la guerra. Lo intento explicar desde los problemas reales de hoy. En primer lugar, hay consenso en que EEUU está perdiendo peso económico, tecnológico y empresarial. En segundo lugar, se constata que este país sigue siendo -con mucha diferencia- la mayor potencia militar del mundo. Posee 800 bases repartidas en más de 80 países y, junto con la OTAN, tiene un gasto militar que es el 60% del mundial. En tercer lugar, se conoce desde hace tiempo que ha emergido una nueva gran potencia (China) que, de una u otra forma, está cuestionado el control y el dominio de EEUU sobre el mundo; todo esto en un proceso histórico en el que el eje del poder está transitando del Oeste al Este, de Occidente a Oriente.

El eje del poder está transitando del Oeste al Este, de Occidente a Oriente

El problema es el siguiente: ¿estará dispuesto EEUU a aceptar pacíficamente una transición a un mundo multipolar, de dominio compartido entre grandes potencias que fundamente un nuevo orden internacional? No lo creo. Me gustaría decir que sí, pero no lo veo posible. De hecho, desde que los EEUU controlan y organizan el mundo, hemos vivido una sucesión de guerras interminables, de conflictos bélicos permanentes, casi siempre mal resueltos por la gran potencia norteamericana. Todas han tenido la misma característica, la enorme superioridad militar de los EEUU y de la OTAN. José Luis Fiori lo ha definido muy bien: la potencia desafiada produce continuamente orden y desorden, conflictos y guerras en una espiral sin fin.

La guerra de Ucrania hay que verla en este contexto: el gigantesco esfuerzo para impedir o frenar el declive. EEUU sabe perfectamente que, en apenas 6 o

7 años, el mundo girará definitivamente hacia Oriente y que China se convertirá –ya en parte lo es– en la gran potencia regional. No lo consentirá e irá a la guerra. De hecho, la guerra en Ucrania lo es por delegación; el objetivo no es otro que debilitar a China golpeando a su retaguardia estratégica. Como suele decir Biden, en esta guerra los ucranianos lucharán hasta el último hombre, pondrán los muertos y la OTAN seguirá dirigiendo la operación.

La pregunta hay que hacérsela: ¿si hubiese una Europa independiente y soberana habría una guerra en Ucrania? Sin un acuerdo entre Europa y Rusia no habrá ni paz ni seguridad para nuestros pueblos. La OTAN sirve para convertir a los Estados europeos en aliados subalternos de EEUU y de sus grandes opciones estratégicas que poco o nada tienen que ver con nuestros intereses y nuestras necesidades.

Querida amiga, quisiera termina invitándote a una reflexión que tiene que ver con el presente y, sobre todo, con el futuro. Hay cuatro escenarios conectados entre sí que es necesario conocer bien y que marcarán duraderamente nuestras vidas. Del primero ya he hablado al principio de esta larga carta, el escenario comunicacional-cognitivo. De esto ya sabemos mucho, los grandes medios se han convertido en terminales del aparato de inteligencia y (des)información de la OTAN. Han desaparecido, en muy poco tiempo, las voces críticas, se han cerrado medios de comunicación, a mi juicio, ilegalmente y nos llega solo una opinión convertida en discurso disciplinario.

Un segundo escenario tiene que ver con la guerra en Ucrania. No quiero dedicarle más tiempo. Poco a poco la verdad, la



otra verdad, la prohibida, irá apareciendo y tendremos una visión más equilibrada. Hay siempre un peligro manifiesto: la escalada; es decir, que Rusia vaya avanzando y que EEUU incremente, cada vez más, su potencial de fuego y que, sobre todo, el marco geográfico se amplíe. Esto empieza a estar ya delante de nuestros ojos.

El tercer escenario es el Mar de China Meridional. EEUU está repitiendo lo que hizo en su momento con la URSS y ahora con Rusia: organizar una coalición de Estados contra China con el objetivo de aislarla, asediarla y agotarla en una estrategia prolongada de desgaste. Lo que se quiere conseguir es propiciar un cambio de régimen; es decir, crear una situación que conduzca a una inestabilidad económica, división política y étnica y al conflicto social. Nunca cederán hasta -repito- llegar al enfrentamiento militar. De hecho, se busca, como en Ucrania, que este se localice en y por Taiwan.

El cuarto escenario está en formación y empezamos a tener noticias. Me refiero a África y, específicamente, a la África subsahariana. Muchos se han sorprendido del espectacular giro de la política de Pedro Sánchez sobre Marruecos y sobre el Sáhara. Yo no. Marruecos se va a convertir en el Estado-gendarme del Magreb que es aliado estratégico de EEUU y de la OTAN, pieza clave para el control geopolítico de un continente que explota y que cada vez está más lejos de Occidente. La nueva frontera se está marcando en el Sahel y todo apunta a un conflicto político militar entre Marruecos y Argelia. España se convierte en aliado estratégico de un Marruecos que nos tiene tomada la medida y que sabe defender sus intereses con firmeza.

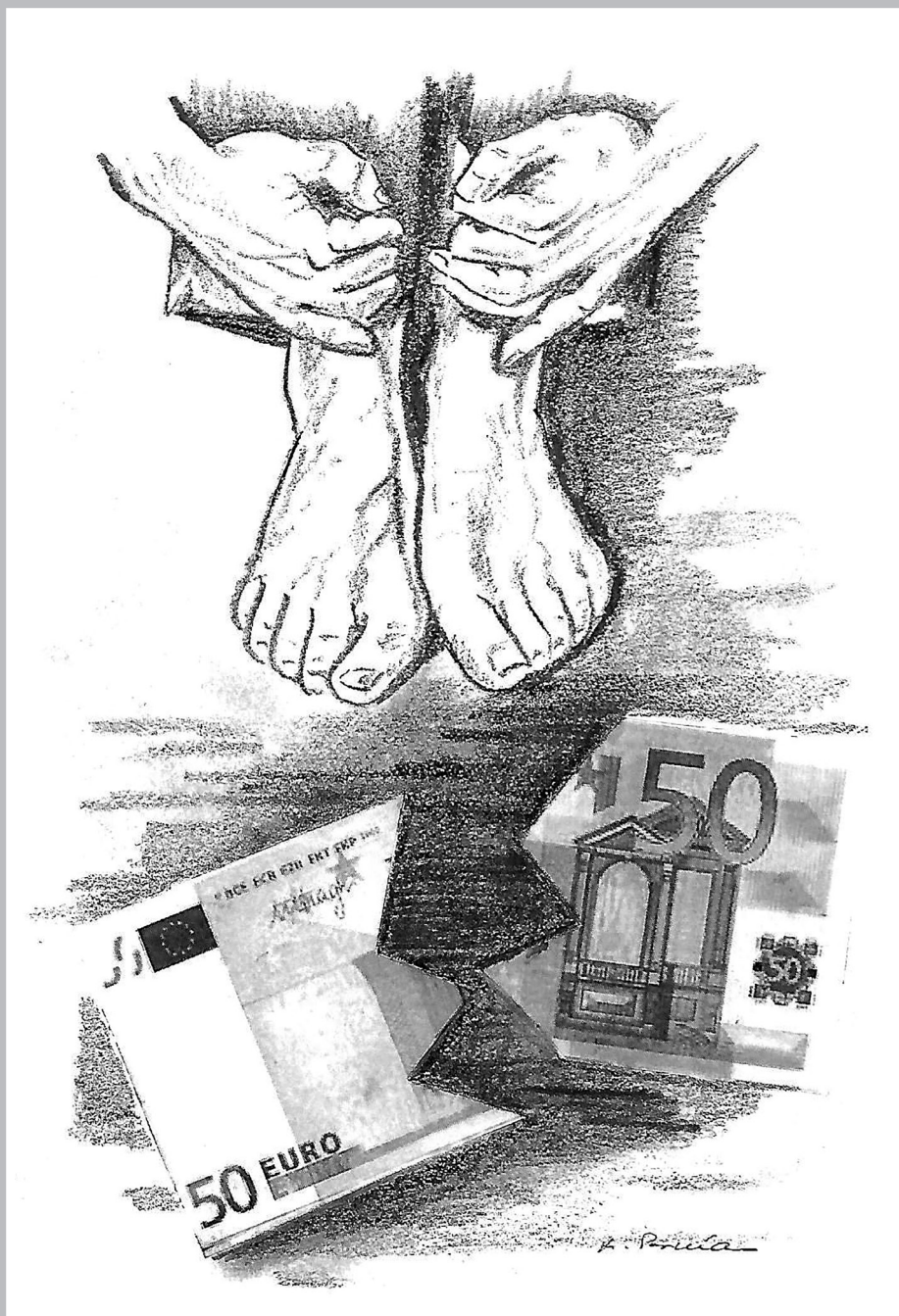
Muchos piensan que hoy poco o nada se puede hacer, solo resignarse, aguantar y esperar mejores tiempos. Nunca he creído en eso

En estos días se llora mucho sobre las muertes en la frontera de Melilla. Lágrimas de cocodrilo e hipocresía institucionalizada. Marruecos cumple con el papel asignado. La UE y España le exigen el estricto cumplimiento de lo acordado. Es típico en nuestro mundo asignar a otros el trabajo sucio. Pero no nos equivoquemos, de aquí al 2050 la mitad de crecimiento mundial de la población estará en África. Sus problemas demográficos, económicos y climáticos se agudizarán dramáticamente. Como viene diciendo la OTAN desde hace muchos años, las migraciones se convertirán en un problema político-militar de grandes dimensiones.

Termino definitivamente. Muchos piensan que hoy poco o nada se puede hacer, solo resignarse, aguantar y esperar mejores tiempos. Nunca he creído en eso. No hay las alternativas individuales. Si algo me dice la experiencia es que las personas, para hacer política de verdad, necesitan dotarse de un proyecto, organizarse, crear vínculos sociales e insertarse sólidamente en el conflicto social y territorial. Así es como se han obtenido las conquistas históricas, los derechos sociales y políticos que, como la vida enseña, son siempre provisionales y reversibles.

Este debate nos llevaría muy lejos, y, como dicen las series, continuará. ■

EN LA BRECHA



Sin cambios sustanciales en el ordenamiento económico y social, será imposible superar la crisis de civilización

José María Vigil

Teólogo, director de Servicios Koinonía

Crisis Religiosa terminal en la crisis civilizacional

SI se habla de una crisis civilizacional actual, cabe preguntarse si incluye también una crisis religiosa, y si ésta sería una parte de aquella, o su consecuencia, o tal vez una de sus causas.

La crisis religiosa se ve con simplemente abrir los ojos, y lleva varias décadas con la voz cantante en las estadísticas. Sus raíces se suelen trazar con facilidad hasta el surgimiento de la Modernidad y su agravamiento histórico se suele situar por los años 60-70 del siglo pasado, en el momento en el que el cristianismo, que llevaba varios siglos a la defensiva, se abre a la Modernidad, tanto en el catolicismo como en el protestantismo (Vaticano II 1965, Upsala 1968,

**La crisis religiosa se ve con simplemente
abrir los ojos, y lleva varias décadas con
la voz cantante en las estadísticas**

Mouvement Église et Société, World Council of Churches...). Fue una sorpresa histórica (un kairós, teológicamente hablando) difícil de explicar: por qué una fortaleza atrincherada ante la Modernidad durante siglos se abrió voluntariamente, salió de sí y aceptó los postulados modernos con espíritu reconciliador. Y casi sin solución de continuidad en Medellín (1968), se añade el

reencuentro con la «segunda Ilustración», la lectura histórica de la realidad, la Causa de la Justicia y de la transformación del mundo, la opción efectiva por los pobres.... Por unos años, muy pocos, pareció que el grave atraso histórico de la Iglesia estaba en camino de solución.

Pero en aquel mismo momento en que quisimos dar el abrazo a la Modernidad, ésta desfalleció

EN LA BRECHA



ante la Posmodernidad (mayo del 68). El mundo con el que queríamos dialogar desaparecía y advenía una secularización rampante, avasalladora, en la sociedad y en la Iglesia.

En el mundo de la Iglesia Católica, el Espíritu que se dice que cuida de ella no estuvo muy lúcido: el Papa Luciani (JPI) murió imprevistamente una noche, sin que hoy todavía se haya esclarecido su muerte. A continuación, en un cónclave de enconado empate entre los contendientes conservadores, fue elegido

un desconocido, que resultó ser quien había sido jefe del *coetus minor*, la minoría derrotada democráticamente en el Concilio, Karol Wojtila, para dirigir una Iglesia que debía poner en marcha el Concilio contra el que él militó. Para completar el cuadro, Wojtila intuyó que quien mejor le podría ayudar sería un progresista arrepentido, Josep Ratzinger, a quien ofreció el timón de la Inquisición, a la sazón llamada Congregación para la Doctrina de la Fe.

Así, el legado conciliar, que nuestra generación había asumido entusiasmada, se convirtió en una fuente de sufrimiento y frustración, en un invierno eclesial (Rahner) impuesto autoritariamente. Quedaron rotos los puentes de acercamiento de la Iglesia al mundo y las fuerzas más creativas de ésta fueron en buena parte neutralizadas.

El acceso de Jorge Mario Bergoglio ha traído novedades llamativas, pero ninguna que revierta la debilidad estructural creciente de la Iglesia. Las restricciones sociales impuestas por la pandemia han propiciado a su vez sorpresas más grandes. Durante su transcurso, Francia, la «hija primogénita de la Iglesia», ha alcanzado el 51% de no creyentes: «Francia ya no es católica», proclamaron los medios. En Brasil -supuestamente el país católico mayor del mundo-, los jóvenes discutiblemente llamados «sem religião» ya son más que los evangélicos, que a su vez son más que los católicos. También durante la pandemia, la tasa de decrecimiento de los creyentes en España se ha acelerado más que triplicadamente en los primeros veinte años de este mismo siglo XXI, y sólo ya uno de cada diez matrimonios se celebran «por la Iglesia».

Si cupiera la metáfora, esta crisis religiosa habría que adjetivarla también como «civilizacional», para indicar a la par su carácter radical y disruptivo-incontenible,

como la crisis civilizacional que este número de ÉXODO estudia. Para abundar más, con argumento autoritativo, recordemos que un número creciente de pesos pesados en sociología de la religión, de diversas latitudes, coinciden últimamente en hablar de «crisis terminal», de «exculturación social del cristianismo» en países de arraigado abolengo cristiano y católico. Por citar sólo uno, Andrea Riccardi (fundador de la Comunità di Sant'Egidio), citando a los mayores sociólogos de la religión, habla de la perspectiva de que en 2048 podría celebrarse en Francia el último bautizo y en 2031, el último matrimonio católico, o incluso de la desaparición por completo de los sacerdotes en 2044. Hervieu Léger afirma que el cristianismo francés está en un «movimiento de desregulación institucional ya irreversible»; sostiene que «la Iglesia está haciendo frente al riesgo de su propia implosión, en el sentido propio del término; podría decirse -añade- que, quizá, este proceso ya esté de hecho en marcha» (con Jean-Louis Schlegel, *Vers l'implosion?*, Seuil 2022).

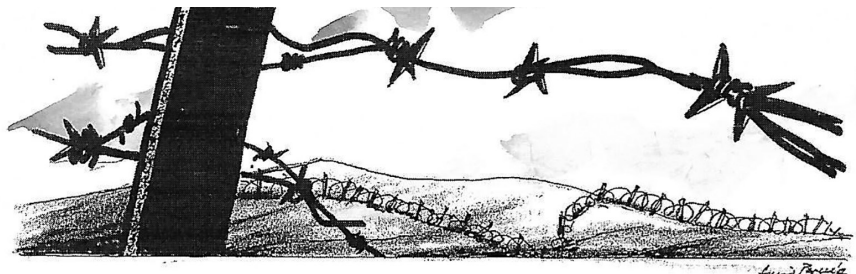
¿Qué nuevo paradigma puede afrontar esto? La teología «axial» ya lo tiene estudiado y tentativamente elaborado no hace mucho tiempo. La Comisión Teológica de la EATWOT, Asociación Ecu-
ménica de Teólogos/as del Tercer Mundo, por ejemplo, ha publicado hace unos pocos años la propuesta teológica de un nue-

El acceso de Jorge Mario Bergoglio ha traído novedades llamativas, pero ninguna que revierta la debilidad estructural creciente de la Iglesia

vo paradigma, «pos-religional». No pos-religioso, porque piensa que, mientras seamos *homo et mulier sapiens*, seremos religiosos; la religiosidad o dimensión espiritual (autoconciencial) del ser humano, persistirá, porque le es constitutiva, pero las religiones, como la forma concreta que la espiritualidad de siempre ha revestido en estos milenios desde el neolítico, no es que vaya a desaparecer, sino que está desapareciendo ya, en un proceso acelerado, como revelan las estadísticas desde la Modernidad (el momento precisamente del inicio del declive del neolítico) y, sobre todo, con el advenimiento de la sociedad del conocimiento, la tecnología intensiva y la consiguiente «telesociabilidad», como han llamado precisamente a uno de los efectos de la pandemia.

Es crisis religiosa «civilizacional», para decirlo en el contexto del contenido de este número de ÉXODO. Y es «crisis terminal», sí, con la misma «terminalidad» que comparten también el actual neolítico agonizante, la medievallidad resistente y la epistemología mítica tan disimuladamente omnipresente e invisible.

Estas líneas, en tan reducido espacio, han querido ser sólo una invitación. Simplemente, pregunte a google por «paradigma pos-religional» y encontrará los textos principales del paradigma pos-religional, pdfs descargables, las opiniones más autorizadas y elaboradas antropológica y teológicamente: 23 millones y medio de resultados en 0,37 segundos de tiempo de búsqueda. No se lo pierdan. Merece la pena estudiar la razonada propuesta de «paradigma pos-religional». ■



Luis González Reyes

Miembro de Ecologistas en Acción

Concretando el Decrecimiento

¿EN qué se concretan las propuestas decrecentistas?, ¿cómo sería un sistema económico así? En este breve texto se abordan algunas líneas fuerza partiendo de los resultados del trabajo *Escenarios de trabajo en la transición ecosocial 2020-2030*, donde hemos modelado qué tipo de transformaciones habría que llevar a cabo en el mundo del trabajo y por ende en la economía para encarar los ineludibles desafíos ambientales.

Las políticas decrecentistas construyen una economía con tres pilares: más pequeña, local e integrada en los ecosistemas (es decir, más agroecológica y menos industrial). Para visualizar el nivel de actividad económica, en

2030 esta sería algo inferior a la que existió en España, durante la parte más dura del confinamiento, en abril de 2020. Una forma de expresar la localización de la economía es que el modelo plantea un recorte de un 80% del tráfico marítimo (principal fuente de entrada de mercancías en España). Además, el decrecimiento también apuesta por la desalarización y la desmercantilización, y por la construcción de autonomía política y material, que son elementos centrales para romper con el capitalismo que, a su vez, es el vector central de destrucción ambiental.

Si analizamos los distintos sectores productivos, las horas de trabajo dedicadas a construcción, transporte, finanzas, turismo,

industria y TIC tendrían que descender ostensiblemente. En el caso del turismo, las horas no se desplomarían porque el sector de la restauración tendría solo un leve descenso, no así el del hospedaje. En el caso de la industria, aunque hay una reducción neta de horas de trabajo, lo más significativo es la reconfiguración del sector, con una diversidad mucho mayor del tejido productivo para poder hacer frente a una economía menos globalizada. Esto se muestra en la revitalización del procesado de alimentos, la fabricación de muebles o el textil. Además, se apostaría por un sector industrial de bajo impacto ambiental. O, dicho de otra forma, más artesanal y menos industrial.

En contraposición, el sector de la energía y, sobre todo, de la silvicultura y la alimentación experimentarían fuertes subidas. Además, se reconfigurarían de manera apreciable. La energía evolucionaría desde un *mix* basado en los combustibles fósiles de importación, hacia otro renovable en el que estas no solo produzcan electricidad, sino también trabajo directo. Hablamos de renovables realmente renovables fabricadas con energía y materiales renovables, y no tanto grandes huertos fotovoltaicos o parques eólicos. En el caso de la alimentación se desarrollaría con fuerza la agroecología.

El resultado final es que el sector alimentario pasaría a ser el tercero con más horas dedicadas, solo por detrás del de cuidados remunerados (sanidad, educación, etc.) y comercio, y a un nivel similar que el de servicios. En cambio, el transporte y la construcción, que en 2019 tenían un número de empleos similar a la alimentación, el turismo, la industria y la administración del estado, dejarían de estar al nivel de todos esos sectores y quedarían en un tercer escalafón de importancia en términos de empleos.

En el plano personal, las emisiones de la climatización de los espacios públicos y privados se reducirían un 50%. Esto implicaría, más allá de medidas de aumento de la eficiencia, cambiar



L. Arula

Las políticas decrecentistas tienen que acompañarse de una reestructuración drástica del sistema laboral

aires acondicionados por ventiladores, o pasar de calentar las casas a calentar determinadas estancias (el baño o la sala de estar) o a las personas (braseros debajo de mesas camilla). También hay una fortísima reducción de la movilidad en avión y, solo un poco menor, en automóvil.

Con estas medidas se alcanzarían las reducciones necesarias de GEI del 68% durante esta

década, que están acordes a criterios de justicia ambiental. Pero... se destruirían alrededor de 2.000.000 de puestos de trabajo.

Esto en lo que concierne al trabajo remunerado. En lo que respecta al trabajo no remunerado, que es más de la mitad del trabajo que realiza ahora mismo la sociedad española (el 53%), en la propuesta decrecentista mo-

EN LA BRECHA



delamos un incremento de esos trabajos para autogestionar a nivel familiar parte de los cuidados que deja de proveer el mercado. Eso sí, teniendo especial atención a que esto no refuerce las relaciones patriarcales que ya existen en el interior de los hogares.

Una conclusión importante es que las políticas decrecentistas tienen que acompañarse de una

reestructuración drástica del sistema laboral, bueno, en realidad son medidas que están en el corazón de la propuesta desde el principio. Una primera política sería el reparto del trabajo (no solo del empleo, sino también de las tareas de cuidados no remuneradas). Por ejemplo, con una jornada de 30 horas semanales y reparto del empleo se generarían 1.300.000 empleos netos. Pero son también imprescindibles

mecanismos de reparto de la riqueza, como la renta básica de las iguales o expropiaciones (incluidas tierras para poder poner en marcha la ruralización social necesaria). Dicho de otro modo, la transición ecológica debe ser al tiempo hacia sociedades más justas y autónomas.

Otra conclusión es que no podemos enfrentar la crisis ambiental, la crisis de la vida, sin cambios muy importantes en la economía y la organización social. Estos cambios no solo son muy complicados y urgentes, sino que no van a estar exentos de dolor social. Pero no nos engañemos pensando que podemos no llevarlos a cabo: un decrecimiento, localización y primarización de la economía es inevitable como consecuencia de los límites ambientales. Lo que está en juego es cómo de justa sea la transición.

Finalmente, esta profunda reestructuración socioeconómica puede tener sentido no solo ambiental, sino también vital. Si se pusiesen en marcha estas medidas, trabajaríamos menos horas en total, dedicaríamos más a los cuidados no remunerados, menos al empleo (tanto público como privado) y aparecería un campo de trabajo autogestionado no capitalista enmarcado en la economía social y solidaria. Para mí, una vida que merece más ser vivida. ■



Frente a la crisis de civilización, mayor extensión
de la democracia antioligárquica e igualitaria

José Ramón González Parada

Contra las oligarquías. Ensayos sobre memoria socialista y democracia libertaria

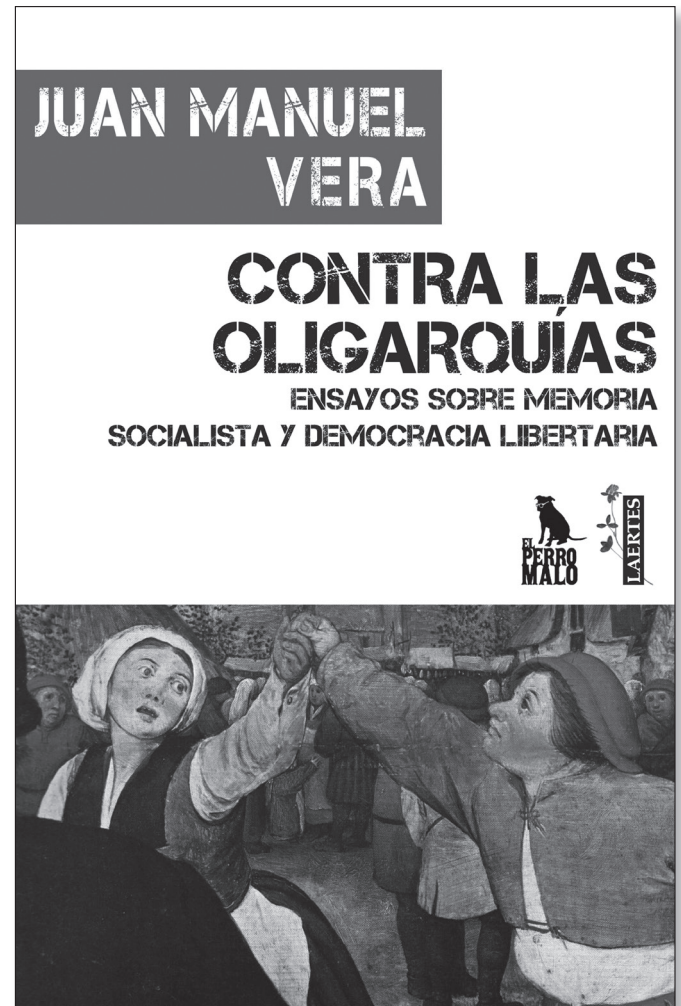
Juan Manuel Vera. Laertes S.L. de Ediciones. Barcelona 2022.

EN la estela de Cornelius Castoriadis, Juan Manuel Vera ofrece un incisivo diagnóstico de los totalitarismos del siglo XX, cuyo alcance se proyecta sobre el nuevo milenio. La relación de la izquierda más institucional con el estalinismo en el pasado siglo pone en cuestión su capacidad para hacer frente a los retos del actual. Polémico texto para la reflexión sobre la situación de la izquierda y los movimientos de emancipación. La primera parte de *Contra las oligarquías* la dedica a un repaso histórico crítico del pensamiento y la acción de Rosa Luxemburgo, Trotsky y George Orwell, para desembocar en el papel y la obra de Castoriadis. Con el sugerente título *La interrogación permanente de Cornelius Castoriadis*, Vera nos deja un capítulo claro y pedagógico sobre el autor, una excelente introducción para los menos conocedores de la obra de Castoriadis. Los mismos “ocasionales excesos de euforia” (p. 169) que Vera atribuye a Castoriadis son aplicables a su propio trabajo donde aventura que “la izquierda ni quiere ni puede

aprender de las experiencias, de las luchas reales, de los grandes movimientos sociales de nuestra época” (p. 79). Rotunda afirmación que hubiera sido bueno que la contrastara con otros autores y activistas tales como el peruano Mariátegui, el mexicano Luis Villoro Toranzo, Dussel o Hinkelammert, todos latinoamericanos, por salirse de la órbita europea, o más bien eurocéntrica, en la que se mueven estos ensayos sobre memoria socialista y democracia libertaria.

Juan Manuel Vera ofrece un incisivo diagnóstico de los totalitarismos del siglo XX, cuyo alcance se proyecta sobre el nuevo milenio

En la segunda parte del libro, Juan Manuel Vera va desgranando aspectos concretos del conflicto dominante de nuestra época, la contradicción entre oligarquía y democracia; indaga en las posibilidades y riesgos de la revolución técnico-cultural, la crisis sistémica del capitalismo, la degradación de la política, la crisis ecosocial y el auge del autoritarismo. El crecimiento de la desigualdad y la pobreza está llegando ya al punto de no retorno, lo que aboca al planeta a una crisis civilizatoria de resultado incierto. El camino para abordar la crisis de civilización con su escandalosa desigualdad social pasa necesariamente por la extensión de la democracia antioligárquica e igualitaria, que supere el modelo de la democracia representativa cada vez más adulterada y vacía. Los apuntes democrático-libertarios que Vera propone exigen del lector una cierta dosis de fe, toda vez que esperanza o utopía son actitudes pasivas que no se avienen bien con el proyecto emancipador: la creencia en una ciudadanía libre y responsable decidiendo colectivamente frente a una oligarquía de burócratas, tecnócratas y millonarios. Pero ya hay señales y procesos en los que queda patente la capacidad de autoorganización social: los movimientos feministas y ecologistas o las movilizaciones populares que recorren Latinoamérica. Se trata de “acontecimientos” en el sentido gramsciano, momentos de creación de un nuevo sentido histórico que expresan tanto las posibilidades como las limitaciones de cada proceso concreto, uno de esos acontecimientos el 15M. Las luchas emergentes no suponen automáticamente “la impugnación directa y completa del mundo neoliberal” ni dan pie a sostener la idea de *multitud* de Negri y Hardt que Vera critica. Será la construc-



ción de organizaciones no dominadas por la oligarquía la base de la *praxis instituyente* que se percibe en los recientes movimientos sociales emergentes que aspiran a una profundización democrática en todos los niveles, y a la defensa de lo común. ■

ÉXODO

AVISO A SUSCRIPTORES

Estimados lectores:

Aprovechando la publicación del número 161 de nuestra revista, deseamos comunicaros que, acuciado por ciertas circunstancias de la actual crisis, el Consejo de Redacción ha adoptado un par de decisiones orientadas a garantizar la publicación de Éxodo en papel durante el presente 2022 y estudiar con determinación más adelante la viabilidad de la revista.

La primera y más importante de esas decisiones consiste en editar un número doble en lugar de los dos que aún faltan para completar la emisión programada para este ejercicio. Se pretende de este modo ahorrar gastos de impresión, de distribución, de correos y otras partidas con el menor detrimento respecto a lo que nos comprometimos con vosotros, nuestros suscriptores.

Deseamos, además, transmitir que a partir del primero de julio y hasta mediados de septiembre no van a atenderse las llamadas al teléfono de nuestra secretaría, por lo que cualquier comunicación que deseéis realizar, deberá efectuarse a través del correo electrónico acel.exodo@gmail.com en el que os atenderemos oportunamente.

Disculpad las molestias.

Muchas gracias.

Un saludo cordial

Éxodo

ÉXODO

REVISTA CRÍTICA DE
PENSAMIENTO Y DIFUSIÓN
SOCIO-CULTURAL
POLÍTICA Y RELIGIOSA



Suscripción:

4 números de 68 páginas;

35 € al año (España),

40 € (extranjero)

Centro Evangelio y Liberación, Madrid

Nº de cuenta: ES22-0182-4010-3702-0329-1640

acel.exodo@gmail.com

www.exodo.org

